

Las trágicas pasiones de Cándida Moreno

Andrés Casanova



**LAS TRÁGICAS PASIONES
DE
CÁNDIDA MORENO**

Andrés Casanova

De la primera edición impresa de la obra:

ÓAndrés Casanova, 2001

ÓEditorial Sanlope, 2001

Gonzalo de Quesada No. 121

Las Tunas

(75100) Cuba

Email: librolt@tunet.cult.cu

ISBN 959-251-085-7

**SE PROHÍBE SU TRANSMISIÓN ELECTRÓNICA O SU
REPRODUCCIÓN POR OTRAS VÍAS, A MENOS QUE SE
CUENTE CON LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DEL AUTOR**

CAPITULO 1

Ruedan los carros de manera esporádica por la avenida asfaltada; unos muchachos gritan y se escuchan los pasos apresurados de alguien, el estallido de vidrios al romperse y una risa colectiva.

Dentro de la pequeña sala iluminada por una lámpara de luz fría que cuelga del techo –las telarañas envuelven los tubos opacando aún más el ambiente; una de las cabezas de un tubo ha alcanzado una coloración negruzca– dos hombres conversan bebiendo de vez en cuando de unos vasos cuarteados.

–No me repitas esa estupidez –exige el más alto. Su ropa es de estreno reciente aunque los zapatos muestran evidencias de haber caminado mucho.

–¿Que este país es una mierda? – se pone de pie su interlocutor. Las chancletas de plástico rotas en algunos de sus bordes y el **short** deslavado le dan un aspecto de perdedor.

–¡ Si me lo repites, me voy!

–Estoy cansando... –hay rabia en el de las chancletas–; cansado de hacer colas a toda hora para lo que sea. Desde comprar una caja de cigarros hasta comerme una hamburguesa.

De pronto, hacen silencio. En la esquina cercana se escucha el bullicio de una discusión. Las voces de

varios jóvenes ofenden a un anciano que grita: *¡Partida de vagos, no sigan robando mis mangos! ¡Váyanse antes que llame a la policía!* Se oyen las risas de los jóvenes y una palabra obscena que salta por encima de todas las voces.

–¡Si continúas protestando por tus mangos, te rompemos los vidrios de las otras ventanas! –lo amenazan.

–¡Atrévete! –advierte la voz del anciano. Una voz tambaleante, insegura.

Los dos hombres que están en la sala paralizan la discusión.

–¿Qué tú crees si salimos?

–¡No vayan a meterse! –viene desde el fondo una mujer con la bata raída. Un niño pequeño la sigue con llanto lastimero—. Se trata del viejo loco de la esquina, que les niega los mangos a los muchachos.

Desentendiéndose del asunto, el del **short** envejecido por el uso llena de nuevo su vaso.

–Me siento mal –confiesa. La cara de pesadumbre no le impide alzar de nuevo el vaso y asegurar con mueca de asco–: ¡Oiga, este ron es especial!

Se entretienen unos instantes en comentarios sobre lo difícil que le ha resultado al de la camisa a cuadros hallar el ron; debió recorrer varias casas, indagar, ir aquí y volver hacia allá, rechazar una

oferta por el precio excesivo, hasta que al fin encontró una botella que si bien no podía asegurarse que fuese barata, al menos demostraron guardarle algunas consideraciones como antiguo conocido.

—Desde luego, es caro —puntualizó el hombre elegante finalizando el tema y propuso—: Continuemos con lo del guión para el programa radial del próximo domingo.

Leyeron de manera mecánica unas cuartillas; el más bajo de los dos de vez en cuando cometía errores de dicción y el otro, que seguía la lectura con la mirada, corregía sin mucho interés la falta. El primero se detuvo de pronto y comentó:

—Me preocupa la situación de Pedrín.

El vestido con el pantalón de color ceniciento aprovecha la pausa para prender un fósforo y encender un cigarro. Exhala una nube de humo que el otro agita con las manos; comenta que se alegra de haber alcanzado esta época con los hijos convertidos en unos hombres que tratan de vivir a su manera sin importunarlos, excepto algunos fines de semana cuando llegan con los niños bullangueros. En esas oportunidades, a él lo llaman viejo y a la madre la acusan en broma de pretender matarlos de hambre y ríen alborozados si ellos se enojan; en tales ocasiones, esgrimía como pretexto ir a buscar algo

de comer y luego de tomar bolsos y recipientes vacíos abandonaba la casa con la esperanza de comprar las mercancías sin esperar mucho tiempo.

–Lo de Pedrín es distinto –precisó el hombre del **short** cuando pudo interrumpir al otro. Se puso de pie para cerrar una persiana; los gritos y las risotadas de los jóvenes eran cada vez más estridentes y apenas podían conversar. Antes de sentarse de nuevo llamó en voz alta y desde el fondo la voz de su esposa le respondió sin mucho ánimo.

–Tráenos café –le ordenó a la mujer.

Lo de Pedrín era distinto según él. Toma el cigarro de su interlocutor otro entre los dedos y luego de retener el humo lo expulsa ruidosamente. Pedrín no había logrado disfrutar la vida, lo admitía; no resultaba fácil para un joven de dieciocho años adaptarse a la disciplina del Servicio Militar, rígida, plena de exigencias; no lo decía por la separación del hogar, pues desde pequeño fue muy independiente: los hijos de padres divorciados aprendían con rapidez a defenderse en cualquier medio por adverso que resultara. Devuelve el cigarro y lleva las manos al estómago, comprimiéndolo con fuerza; eructa con grosería, y acto seguido pide disculpas. Hacía unos meses los padecimientos estomacales venían robándole el sueño, cualquier comida por ligera que

fuese le causaba malestar; los dolores eran frecuentes y padecía de diarreas.

Desde el fondo de la casa viene la mujer arrastrando unas chancletas fabricadas con zapatos viejos; la bata de casa raída deja asomar una piel cuarteada y poco atendida. Entrega un pequeño vaso humeante a cada uno de los hombres y ellos beben en silencio.

—Te hablaba de Pedrín —dice el hombre cuando la mujer se retira, cerciorándose sin disimulo de que ella está de nuevo dedicada a sus quehaceres.

Pedrín era un muchacho que sufría, dio a entender en un tono melodramático. Señala hacia fuera y lleva el dedo medio al oído.

—¿Oyes a esos? Tienen su misma edad; sin embargo, el mundo no les importa, todo lo contrario de la actitud que asume Pedrín.

Habló con virulencia contra los jóvenes aludidos, acusándolos de reunirse debajo del laurel para dedicarse quién sabe a qué trapacerías, fumar a escondidas de los padres y quizás hasta planificar algún atraco; a su hijo en cambio, le ordenaron subir a un camión luego de despedirlo entre discursos y música de guerra trayéndolo de regreso al cabo de unas semanas sin melena y un uniforme con el inconfundible hedor a monte.

–Allá se convertirá en un hombre de provecho –lo interrumpe el otro, pasando una mano por el pelo para corregir el peinado. Le recuerda que el tiempo apremia: deberán suprimir del guión todos los detalles señalados por el asesor como inadmisibles y entregarlo a Román bien temprano.

–Elimina esa canción –responde sin mucho interés el hombre delgado–. Parece colocada a propósito, para criticar al gobierno.

El tono no es muy convincente, pero el de la camisa a cuadros tacha con un lápiz rojo una línea.

–¿Por cuál la sustituimos? –indaga llevando el lápiz a la boca y mirando hacia un solitario cuadro colgado de la pared que representa un gallo de lidia en actitud de ataque y las alas extendidas, amenazando a un rival inexistente en la pintura.

El del **short** con manchas de pasta dental comenzó a abanicarse, valiéndose de los papeles que estaban leyendo. Estiró las piernas mientras enlazaba las manos detrás del cuello y obvió responder. Vuelve a mencionar a Pedrín; su madre se había convertido en poco menos que una prostituta luego de haberse divorciado de él y esto hacía sufrir a su hijo.

–De nada sirvió mi decisión de dejarles la casa que construí con tantos sacrificios y amarguras por culpa

de la escasez –concluye el padre de Pedrín bajando aún más la voz y mirando hacia el fondo de la casa.

Su compañero golpea el piso suavemente y tuerce los labios, a la vez que lo mira, ladeando la cabeza. Que concluyera la historia sobre el hijo, dice algo incómodo, porque no soporta tantos rodeos; es necesario terminar el trabajo esta noche y apenas han llegado hasta la mitad.

El dueño de la casa nada responde; la boca permanece entreabierta, los ojos sin pestañear, un hilillo de saliva comienza a rodarle por la comisura de los labios. De momento, reacciona.

–No te importan mis problemas.

–Compréndeme, Pedro –dulcifica el otro la voz–. Si mañana falla de nuevo el programa, nos metemos en una **guariguera** con Román.

El nombre obró como un detonante para el más delgado.

–Pero es nuestro jefe –sonrió apaciguador su compañero.

Pedro menciona de nuevo sus padecimientos estomacales; desde hace más de un mes le resulta imposible comprar leche de vaca porque al precio que se la proponen no puede pagarla. Escarba con descaro dentro de la nariz y es más disimulado para concluir la acción. El está seguro que las mayores dificultades

de Pedrín giran alrededor de una mujer; cuando viene de pase no quiere regresar. Ni él ni la madre son capaces de imponerse a un muchacho que como él, desde los once años anda en acampadas, competencias de ciclismo y reuniones.

—Los muchachos de hoy en día empiezan a gobernarse en cuanto les cortan el ombligo —dice resignado y se pone de pie.

Fija la vista contra el suelo; menudean por el piso colillas de cigarro y pequeñas tiras de papel que sugieren el resultado de los juegos de un niño inexperto en el uso de las tijeras. Va hacia la persiana y la abre. El aire fresco circula y ya no se oyen gritos ni palabras obscenas. Mirando hacia la calle comienza a protestar justo en el instante cuando dos vehículos pasan frente a la casa, raudos, como si uno marchara en persecución del otro.

—¿Tú sabes cuál fue mi almuerzo hoy? —indaga rabioso.

El del pantalón gris y los zapatos desgastados también se pone de pie y apoyando una mano nervuda en el hombro del otro le advierte:

—Amigo, yo no soy el culpable.

El hombre del **short** vuelve el rostro y lo mira fijo. Ensayá una sonrisa, aunque solamente logra una especie de mueca.

Sentados de nuevo, leen y comienzan el texto sin distraerse durante un rato. De vez en cuando tachan una palabra o un grupo de ellas y continúan adelante; al parecer no escuchan el cántico de la mujer desde un lugar más cercano a ellos ni los gemidos de un niño pequeño que clama por el padre.

De pronto, el hombre del **short** se levanta del sillón; su compañero, sobresaltado, corre en su ayuda, pero es rechazado con gesto poco amistoso. No es nada: uno de esos cólicos que con frecuencia debe soportar, el deseo de escupir toda la saliva que lleva dentro y las arcadas que le vienen entre espasmos y eructos.

—¿Tú sabes qué comí hoy? —indaga el dueño de la casa, ya más calmado, sin animosidad alguna. Más bien el tono le ha salido adolorido, aunque de un dolor orgulloso. La mujer de la bata raída se acerca, con el niño pequeño a horcajadas contra la cadera y en la mano libre un vaso similar a los que ellos tienen encima de una mesa.

—Felipe —comenta la mujer dirigiéndose al visitante—, me canso de decirle a Pedro: no bebas ron, y ahí tiene el resultado de no seguir mis consejos.

Pedro toma el vaso de agua que le entrega la mujer sin mirarla. Ocupa de nuevo su asiento y cuando ella se retira, murmura en tono de disgusto:

–Odia a Pedrín.

A ella nunca le ha simpatizado el muchacho, aclara. Ni cuando pequeño, cuando venía acá descalzo y en pantalones cortos desde la casa lejana, la besaba en la mejilla llamándola mamá y se ponía a su disposición para cualquier mandado. Mucho menos ahora, cuando con su manera directa de hablar protesta por el desorden de aquella casa, el cariño del padre sólo para el más pequeño y las negativas a darle dinero para ir a fiestas porque no alcanza ni para cubrir las necesidades elementales.

–Odia a Pedrín –reitera.

El muchacho ha sufrido demasiado; esos cuatro hijos de la madre más pequeños que él los ha llevado a cuestras cada vez que ella ha quedado sola, cada vez que ha largado al esposo de turno sin ceremonial alguno como hizo con él, puntualiza Pedro Garandel. Luego vinieron las dificultades en la escuela, las clases que no lograba entender, hasta que pudo salir a flote casi como quien dice sin la ayuda de nadie.

–En realidad, yo tengo bastante carga con mi propia vida.

El hombre queda en silencio unos instantes, la mirada bailando en el vacío. En el acto comienza a esgrimir justificaciones: el exceso de trabajo, el tiempo que debe emplear en actividades inútiles, las reuniones a las que debe asistir. Y mientras tanto, Pedrín había comenzado a desarrollar un cuerpo de atleta, sin que él lograra explicarse cómo.

–El ejercicio en la escuela –propuso el mismo Pedro con inseguridad. El niño un día ya no quiso salir con él cuando fue a buscarlo un domingo para ir al zoológico, tomar helados y montar en los caballitos del parque infantil; le contestó de mal talante que ya estaba muy crecido para esas boberías y lo dejó en el portal de la casa con la respuesta en la boca.

–El desarrollo –volvió a suponer Pedro. El acné había empezado a brotarle en la cara, tersa hasta ese momento, y en varias oportunidades le formuló preguntas acerca de las mujeres. Fue la época en que comenzaron las discusiones entre ellos. Llegaba aquí, preguntaba por él y si había salido manifestaba su disgusto a la vez que decía venir en busca del cinto más nuevo, de un cigarro o de diez pesos para ir al **dancing light**.

El padre imita a su visitante, quien se pone de pie y camina hacia la puerta de salida. También fueron los tiempos del distanciamiento entre él y Pedrín,

dijo con intenciones de continuar la historia sobre el hijo. La cara somnolienta del amigo mira hacia la oscuridad que de momento se ha convertido en tinieblas. Las malas compañías, los otros muchachos que se burlaban de él porque permitía la presencia del padre mientras esperaban los ómnibus con destino a la escuela. El amigo extiende la mano sin apenas hablar; sale hasta el portal, avanzando a tropezones. Era terrible perder el cariño de un hijo de una manera tan absurda, se lamenta Pedro. A lo lejos se escucha el estrépito de unos vidrios rotos y acto seguido unos pitazos que llenan la noche.

CAPITULO 2

Ruedan los carros de manera esporádica por la avenida asfaltada; unos muchachos gritan y se escuchan los pasos apresurados de alguien, el estallido de vidrios al romperse y una risa colectiva.

El auto se detiene frente a la casa marcada con el número dos, cercada con muros de hormigón unidos entre sí por ladrillos revestidos. El conductor del vehículo, un hombre de calvicie pronunciada aunque relativamente joven, queda unos segundos pensativo frente al timón. Cuando baja, observa un breve tiempo hacia el interior y antes de dar la espalda apaga el radio.

En la acera, se mantiene detenido, como dudoso de entrar por la verja de hierro que lo conducirá a lo largo de un pasillo de cemento hasta el amplio portal iluminado con lámparas fluorescentes circulares. Al fin echa a andar y abre el candado que mantiene unidas dos puertas de hierro más amplias, vuelve a ascender al automóvil y luego de maniobrar de manera diestra lo conduce hasta el garaje.

Después de apagar el motor sale y cierra con llave las puertas de hierro. Cruza un corto tramo de

césped muy bien cuidado y camina por el pasillo de cemento.

En la sala besa en los labios a una mujer cuya silueta apenas puede advertirse por el estado de semipenumbra en la habitación; la única luz proviene de unas peceras que adornan las esquinas con sus animalitos coloreados jugueteando en el agua en busca de enemigos que tal vez nunca encontrarán.

—Enciende la luz —ordena el hombre con desgano mientras se deja caer en un acolchado sillón como si fuese un fardo inservible. Suspira y comenta en voz baja—: ¡Qué difícil se me está haciendo vivir en Cuba!

—¡Cállate, Gustavo, por favor! —se alarma la mujer. La expresión no es de dulzura ya sino de temor.

De pronto, hacen silencio. En la esquina cercana se escucha el bullicio de una discusión. Las voces de varios jóvenes ofenden a un anciano que grita: *¡Partida de vagos, no sigan robando mis mangos! ¡Váyanse antes de que llame a la policía!* Se oyen las risas de los jóvenes y una palabra obscena que salta por encima de todas las voces.

—¡Si continuas protestando por tus mangos, te rompemos los vidrios de las otras ventanas! —lo amenazan.

—¡Atrévete! —advierte la voz del anciano. Una voz tambaleante, insegura.

El hombre y la mujer que se encuentran en la sala se ponen de pie.

–¿Qué tú crees si salimos a averiguar qué sucede?
–reacciona Gustavo.

–¡No te metas! –casi ordena la mujer–. Se trata del viejo loco de la esquina y los muchachos del barrio discutiendo de nuevo por los mangos.

Pierden el interés por el asunto y se concentran en sus preocupaciones. Gustavo suspira.

–Estás cansado –afirma la mujer al accionar el conmutador de la luz. Viste un ajustado short de una tela brillante, un **pullover** con la inscripción *Indiana* justo en la zona donde los pechos sinuosos se elevan desafiantes y unos zapatos de piel artificial ocupados en toda su periferia por la marca de fábrica.

–¿Andabas fuera?

La mujer, sacudiendo con coquetería el cabello largo y perfumado, llega donde él y le acaricia la cabeza.

–¿No te das cuenta? –obliga al hombre a elevar la mirada–. Fui a casa de Pilar a darme un tinte.

El hombre se pone de pie, iracundo. Cuántas veces iba a prohibirle ir a la casa de esa mujer. Claro, así como actuaba Pilar era fácil vivir en Cuba: podía comprar los productos necesarios para su trabajo en

el mercado negro porque existía gente que pagaba los exorbitantes precios impuestos por ella.

La mujer alzó los brazos. Que por favor hiciera silencio y la escuchara, no estaba en su consejo de dirección donde debía fustigar aquellos males hasta desenmascarar a quienes con la complicidad de uno o dos empleados menores introducían la mano dentro de la miel. La sonrisa de la mujer es contagiosa y el hombre comienza a perder la tensión cuando los dedos de ella terminan de desabotonarle la camisa.

—¿Y Cándida? —indaga él entre jadeo y jadeo, cerca del orgasmo.

—En el cine —contesta ella.

La botella, especie de recipiente enano y barrigón, casi está vacía. La mujer sirve licor de nuevo en las dos copas y cubre su desnudez con la sábana en un gesto de pudor tardío.

—¿Te acuerdas de cuando éramos novios?

La pregunta los conduce a una época no muy lejana; entonces comparaban la vida con un terreno sin obstáculos o un cielo siempre despejado; todo lo planificaban, desde la cantidad de hijos hasta los lugares donde pasarían cada año las vacaciones. El oficio de ambos constituía un punto de partida para los sueños, los viajes y la alegría. Y al principio era frecuente verlos salir cargados de equipajes y de

ilusiones, en busca de aquello que nunca se atrevían a mencionar pero creían merecer a cambio de los años dedicados al estudio de una forma tesonera: la abundancia, las riquezas, dinero en grandes cantidades.

–¿Te acuerdas, Gustavo, de nuestra luna de miel?
–pregunta ella de nuevo.

Había sido hermosa aquella etapa de sus vidas; entonces para huir de las maledicencias ajenas por las salidas frecuentes que hacían juntos por razones del propio trabajo decidieron una tarde presentarse en el bufete y plantearle al notario el deseo de contraer matrimonio. Así de sencillo resolvieron el asunto, aburridos ya de tantos convencionalismos entre sus respectivas familias.

–A los seis meses nació Cándida–recuerda la mujer sonriendo pícara y él toma las manos suyas acariciándolas con ternura.

Mientras se escucha el sonido torrencial del agua al chocar contra el piso, el hombre sentado en la cama acaba de secarse los pies con sumo cuidado; abandona la toalla de felpa rosada encima de una butaca y va hacia el tocador. Frente al espejo, luego de acariciar la barbilla oprime suavemente con ambas manos una pequeña protuberancia amarilla; acciona un conmutador y la luz blanquecina le devuelve su figura

más nítida, una figura donde las arrugas y la celulitis ya se ensañan sin compasión. Toma una mota, espolvorea talco por todo el cuerpo y en el momento en que sus dedos comienzan a destapar el frasco con una inscripción jeroglífica, la mujer lo aprisiona por la espalda cruzando sus brazos al nivel del pecho velludo. Él entrecierra los ojos. Aquella fragancia que se ha regado por la habitación al parecer lo enerva, porque se vuelve lentamente y acaricia el cuerpo desnudo de su compañera buscando el contacto de sus húmedos labios.

El congrí humea invitador y la salsa encima de la carne es abundante; los plátanos crujen al masticarlos el hombre. La mujer, sentada a su lado, sonríe complacida.

–Cocina bien, ¿verdad? –dice ella.

Gustavo menea la cabeza en señal afirmativa y bebe unos sorbos de jugo de manzana.

–Me gusta verte así, optimista –advierte la mujer, y deplora las oportunidades en que llega malhumorado a la casa, después de salir de las reuniones habituales.

–No es cierto, Trini –niega él desconcertado, deteniendo el movimiento del cuchillo–. La causa real de mis incomodidades es Cándida.

Trinidad se extraña. La muchacha al parecer ya no recuerda el romance con el hijo del vecino, asegura, porque ha retomado la costumbre de salir en compañía de las antiguas amistades y viste las ropas de moda, esas que les hacen afirmar a algunos que si Cándida aprendiese otro idioma, podría confundirse con una extranjera debido al color de su pelo y de la piel.

—No hables sandeces —la interrumpió Gustavo—. Bien sabes que aborrezco tales superficialidades.

A él le continuaba preocupando la actitud de Cándida, siempre en silencio, reconcentrada. Ya no era expansiva como antes, no le importaba siquiera disfrutar las películas sobre orquestas y cantantes extranjeros que él traía con frecuencia.

Desde las habitaciones del fondo comienza a escucharse el sonido de las vasijas de vidrio y del agua al vaciarse los recipientes. Trinidad no opinaba como Gustavo: lo que sucedía realmente con Cándida era que empezaba a convertirse en una mujer; ahora estudiaba hasta la forma de caminar; buscaba en las revistas de moda enviadas regularmente por la hermana de Trinidad desde España la longitud de los vestidos y hacía que Hermelinda adaptara las ropas a tales exigencias; hasta la manera de maquillarse constituía para Cándida todo un acontecimiento.

Gustavo deja de masticar y mantiene suspendido en el aire el tenedor con la porción de carne que chorrea una salsa aromática de un color rojo oscuro. Ahora desde el fondo se oye cómo las vasijas metálicas derraman una música irregular.

–¿Por qué tanto ruido? –pregunta, interrumpiendo las explicaciones de Trinidad.

–Mañana le diré que te molesta –contesta ella mientras le sirve más jugo.

–Te equivocas con Cándida –disiente Gustavo, acabando de masticar la carne para beber de nuevo.

Según él, Cándida es una muchacha soñadora, ilusionada con las cualidades que le supone al hijo de ese vecino de ellos, lenguaraz e hipócrita, quien no pierde oportunidad para criticar las buenas acciones de los dirigentes gubernamentales tildándolas de actitudes arribistas. Con tal padre, además abandonado de su propia persona, acostumbrado a no afeitarse durante varios días y vistiendo ropas sucias, un hijo no podía ser sino lo que es ese vagabundo: un aspirante a perdedor.

–No podemos permitir las relaciones amorosas entre ellos –concluye autoritario Gustavo.

Las vasijas ya no chocan entre sí; ahora lo que llega desde las habitaciones del fondo es el roce de un hierro contra el piso cuyo eco se escucha

amortiguado en el lugar donde se hallan el hombre y la mujer.

—Ella es demasiado orgullosa para cambiar el amor del capitán Requeñas por el de un simple soldado —dice apaciguadora Trinidad y sonríe cuando Gustavo abandona un momento el cuchillo para acariciarle los dedos donde varias sortijas brillan al reflejarse contra ellas las luces de las lámparas.

Ahora se escucha cómo exprimen el agua y tintinea de nuevo el hierro.

—Es insoportable —comenta el hombre.

—¡Hermelinda! —grita Trinidad, incómoda. Le responde a lo lejos una voz cansada y ella indaga autoritaria: ¿Podría hacer silencio mientras Gustavo come?

Aunque nadie responde la pregunta, a partir de ese instante en el interior de la casa finaliza todo tipo de ruidos. Ahora Trinidad y Gustavo conversan sin interrupciones. Quizás resulte conveniente, opina ella, aprovechar los meses de verano para enviar a Cándida a la playa o a cualquier otro sitio que pudiera interesarle; también sería recomendable incluirla en alguna de las excursiones o hasta hablar con el amigo de la embajada.

—¿Te refieres a Madrazo? —la interrumpe Gustavo y acto seguido bebe la última porción de leche.

–El agregado cultural –dice ella, señalando hacia el recipiente.

–Exacto –afirma Gustavo, mientras niega con la cabeza el ofrecimiento de la esposa de servirle más leche.

Los comentarios sobre México y en particular acerca de Acapulco los hace ella en voz baja, mirando de vez en cuando hacia el fondo.

–¿No me aseguraste que Hermelinda es de confianza? –se extraña Gustavo.

–Nunca se sabe con esta gente de campo –justifica la mujer.

Cuando escuchan unos pasos renqueantes que se acercan, le dan otro giro a la conversación. Hablan sobre la necesidad de que se adopten medidas severas contra los delincuentes y abogan por educar a los jóvenes en el respeto a lo ajeno. La anciana los interrumpe señalando respetuosa hacia los platos; que si ya puede recogerlos.

–Sí, Hermelinda –contesta Trinidad volteando el busto para mirarla a los ojos, mientras las aletas de la nariz se le ensanchan y aprieta con fuerza los labios. A lo lejos se escucha el estrépito de unos vidrios rotos y acto seguido unos pitazos que llenan la noche.

CAPITULO 3

A lo lejos se escucha el estrépito de unos vidrios rotos y acto seguido unos pitazos que llenan la noche. Cándida introduce la llave en la cerradura y empuja con el hombro la pesada puerta. Sus padres quedan mudos y Hermelinda remeda la señal de la cruz.

Trinidad se pone de pie y la interroga. Quiénes la trajeron hasta la casa. Por qué ha venido tan tarde. Si no escuchó cómo la policía perseguía a alguien. No debía continuar saliendo en horas de la noche. Era peligroso para una muchacha de su edad, sobre todo por el tipo de ropas que vestía y las prendas.

—No me fastidies, mami —contestó la muchacha de malhumor y abandonó la habitación, dejando al padre con la intención de dirigirle la palabra.

Entró a su cuarto. Después de mirar debajo de la cama, cerró la puerta. Las luces inundaban la habitación y a pesar de eso sentía miedo. Todavía el corazón le latía apresurado, y recordaba la acción del hombre que, con la mirada de rabia, había roto la botella para amedrentar a sus atacantes. No volvería jamás a aquel lugar, ni aunque la invitara a bailar un hombre como el profesor de natación.

Se sienta en la cama y palpa las cobijas en un gesto automático. No lograba olvidar por completo a Pedrín. Había sido el más tierno de sus amores; en el momento decisivo de su vida, cuando la soledad y la incompreensión de todos la martirizaban, supo quererla sin exigir a cambio ninguna recompensa. Ciertamente que no fue un amor tormentoso, apasionado ni prohibido. Tampoco le enseñó nada que no conociera por experiencia propia o por las historias de sus amigas y amigos. Sin embargo, le había servido de fiel compañero, complaciente ante cada nuevo capricho suyo y sin criticarle su decisión de abandonar los estudios porque lo recibía todo de sus padres y no valía la pena aquel sacrificio de deshidratarse al sol en un trabajo ajeno por completo a sus intereses en una escuela ubicada en un campo lejano de la ciudad.

Comienza por descalzarse. Sube ambos pies a la cama y los soba enérgicamente. Los siente adoloridos no tanto por haber bailado hasta el agotamiento, sino a causa de la huida que ha emprendido momentos antes.

Pedrín no la hubiese abandonado al peligro como hizo el profesor de natación, de ello estaba segura. La habría protegido con su cuerpo, y su cabeza descansaría aún en aquel pecho de hombre que tanto

ansiaba acariciar de nuevo. No puede evitar un suspiro involuntario cuando alza los brazos y de un tirón saca el **pullover**. Lo lanza de cualquier manera hacia una silla; la inscripción *Indiana* en letras fosforescentes queda bailando frente a sus ojos.

Quizás su amante el profesor tiene razón: sus padres la mantienen prisionera en un mundo ilusorio, distinto al de la calle y la mayoría de las casas. De momento, siente una rebeldía similar a la del hombre que ha visto hace poco romper una botella. Así quisiera ser ella de valiente: amenazar a sus enemigos, vencerlos con la violencia.

Respira agitada y retrocede encima de la cama; se deshace de los pantalones lanzándolos contra la silla; caen encima del **pullover** tapando el letrero fosforescente. Entonces frota el vientre con movimientos de una mano hacia los costados.

Tanto le sobraba el tiempo en aquella casa, que a veces sentía la carga de su inutilidad. Acostumbraba a dormir hasta bien tarde en la mañana, y el resto del día lo pasaba vagando por el jardín, pues prefería permanecer a solas con sus ensoñaciones antes que enfrentarse a la realidad del exterior donde la gente esperaba en colas interminables y algunos discutían llegando en ocasiones a las ofensas y hasta los golpes.

Tocan a la puerta. Se pone de pie con desgano y del ropero adosado contra la pared toma al azar una prenda para cubrir su desnudez. Avanza lentamente y abre.

–¿Qué quieres? –pregunta disgustada.

–Hablar contigo –le responde la madre y hace ademán de entrar.

La muchacha la mira con un ligero movimiento de cabeza de arriba abajo; se detiene unos instantes en algunos detalles de labor que aparecen en el largo vestido rosado de la madre, mientras observa la superficie suave y reluciente de la tela.

–¿Ya no te acuerdas? –indaga Trinidad–. Me lo trajo Gustavo cuando estuvo la última vez en Barcelona.

Cándida siente un huracán dentro de sus venas, y trata de contenerse. Ha perdido a Pedrín; la rebelión que él le sugería cuando no estaban besándose recostados contra una pared o desnudos en algún paraje escondido del bosque de pinos, ahora carecía de sentido. Tuvo deseos de repetirle a la madre las palabras violentas que Pedrín le gritó mientras se vestían dentro de una habitación con las paredes descascaradas y apenas iluminada por un bombillo amarillento: *¡Eres una hipócrita!*

Claro está que Cándida decidió no estallar en aquel exabrupto por varias razones.

—¿Y esa cara de disgusto? —pregunta la madre abriéndose paso de manera suave pero decidida, empujándola con cariño hacia atrás; su voz ha tenido un aire de coquetería poco habitual en ella: la hija sólo se lo escucha durante las conversaciones telefónicas con el hombre que acostumbra llamarla.

Se hizo a un lado, tratando de serenarse. Añoraba a Pedrín, el único hombre que realmente la había amado sin ningún interés. Los demás trataban de obtener de ella alguna ventaja material por mínima que fuese, desde un pañuelo bordado hasta un frasco de desodorante; recordaba todavía la oportunidad en que el profesor de natación, mientras abotonaba su portañuela, le preguntó si sería muy difícil conseguir por mediación de su padre un paquete de galletas para sus niños. Perdido Pedrín, qué sentido tenía rebelarse contra sus padres.

—Vamos a conversar aunque no quieras —afirma la madre en un tono bien distinto al de la pregunta que acaba de formularle. Sentándose en una silla tapizada donde sin orden alguno descansan varias prendas íntimas de Cándida, introduce la mano en el bolsillo de la bata de noche y extrae una caja de cigarros.

La muchacha va hasta la cama, se sienta y cruza las piernas. En otras circunstancias, hubiese optado por una rebeldía abierta, negándose a escuchar a la madre. Sin embargo, había perdido la esperanza de recuperar a Pedrín para lograr entre los dos algún espacio de coincidencia donde los demás no fuesen a husmear, a introducirse en su intimidad. Ya aparecería ese espacio, acostumbraba él a asegurar mientras descansaba bocarriba en una cama de sábanas ennegrecidas por el uso o encima de un cartón contemplando las estrellas; durante los últimos meses ella había llegado a convencerse de que el ansiado lugar jamás aparecería: las personas mayores sólo consideraban importantes las preocupaciones de gente de su edad, como si los jóvenes no tuviesen también sus propios problemas.

La madre exhala el humo aromático y dulzón entreabriendo los labios y proyectándolos ligeramente hacia afuera en forma de un pequeño círculo. A la mente de Cándida comienza a llegar un recuerdo bastante lejano; entonces ella era una niña desconocedora del mundo y cree vivir de nuevo aquella especie de sueño mientras observa la forma en que la madre expulsa el humo. El padre viajaba por algún lugar, y ella creyó escuchar su voz en la sala; ya despierta por completo, acabó por salir de la niebla

del sueño y descalza salió de la habitación. Percibía una especie de jadeo y la voz de su padre, iracunda o tal vez desesperada. Ella comenzó a sentir un contento sin límites: seguro le traería de su viaje algún regalo. Cuando llegó a la sala, apenas iluminada por la luz de una de las peceras, vio a un hombre de pie en el centro de la habitación y se restregó los ojos: no era su padre; tenía abundante cabellera y hasta le pareció gracioso, un muchacho rubio y muy lindo. Asustada, empezó a retroceder; regresa a aquel pasado lejano, y descubre a su madre de rodillas en la alfombra frente a él, desnudos los dos; no le cabe duda ahora que conoce bastante sobre el mundo y no se asombra con nada.

—¿No vas a fumar? —indaga Trinidad sonriente con un brazo extendido hacia adelante y Cándida regresa al presente por completo. Toma un cigarro de la caja, acciona el encendedor y aspira el humo entrecerrando los ojos.

—¿Qué te sucede? —pregunta de nuevo la madre, esta vez con cariño. Esa manera de hablar, desde la complicidad, desarma por completo a Cándida la mayor parte de las veces, acaba por vencer su rebeldía y la sitúa en el camino de arrepentirse de haber odiado a sus padres.

Cándida no puede evitar que un sentimiento de culpabilidad la embargue, y el llanto brota desbordado, incontenible. La mujer se pone de pie y con ternura acaricia los cabellos de su hija.

–¡Niña mía! –dice, y la joven siente cómo la tranquilidad comienza a invadirla a medida que las manos de la madre recorren toda su cabeza. Detiene por completo el llanto y mira hacia arriba; la hermosa mujer besa en la frente a su hija, como hacía antes, cuando enfermaba y no quería tomar las medicinas más amargas ni inyectarse.

Meses después, Cándida no habría aborrecido su actitud pusilánime si todo hubiese concluido con aquel suspiro que se le escapó involuntariamente en el instante en que Trinidad besó su frente. Pero no tenía el sostén de Pedrín y sin él la vida carecía no sólo de incentivos, sino también de sentido: qué le importaba morir si ello significaba desaparecer para siempre de un mundo donde no había encontrado el amor.

–No hables así, mi niña –dijo con dulzura Trinidad, mientras continuaba acariciándola–. Nos tienes a nosotros y este espacio que hemos labrado para ti.

Trinidad trataba de persuadirla acerca de la conveniencia de emprender un viaje; ella y Gustavo estaban disponiéndolo todo para que este verano

fuese como otros a pesar de las dificultades por las que atravesaba el país. Al menos tendría garantizado un mes completo en la playa y quizás otro mes en un sitio todavía más agradable. Debía apartar de su mente aquellos sentimientos, a ningún resultado la conduciría atentar contra su vida: todos los hombres eran idénticos; de seguro, Pedrín hasta se jactaría luego de haber provocado el suicidio.

—¿Y si papá te abandonara? —inquirió la muchacha, con la intención de situar a la madre en un aprieto. Ella acababa de extraer desde un rincón de su memoria aquella escena lejana donde la madre, joven todavía y tan bella como ahora, arrodillada en la alfombra frente al muchacho rubio, mantenía los labios proyectados hacia fuera y los ojos cerrados mientras lo abrazaba por la cintura. En su interior se debatían dos sentimientos contradictorios: odiar a Trinidad por aquella escena degradante en su recuerdo de niña o perdonar a la madre por haber vivido ya esa dulce experiencia gracias al profesor de natación, tan hermoso como aquel hombre cuyo rostro trataba de rescatar en su memoria.

Trinidad comienza a alejarse; sus pies se arrastran en silencio por el piso y enciende otro cigarro. Volviéndose en dirección a la hija, despidiendo el humo fragante y le responde:

–Tu padre y yo hemos rebasado la edad del amor pasional. Ahora nos queda una unión más sedimentada y profunda.

La muchacha la mira unos instantes pensativa. Si nunca hubiese tenido la curiosidad de levantar el teléfono de su cuarto mientras Trinidad conversaba desde la extensión ubicada en la sala con el hombre que solía llamarla durante las ausencias del padre, esas palabras le hubiesen resultado una especie de confesión sentimental por parte de la madre. No obstante, determinó continuar dentro de aquel juego, por la costumbre de sonreír ante la presencia de personas ajenas aunque por dentro la vida estuviese rompiéndosele en pedazos. Así le habían enseñado sus propios padres a proceder: los exabruptos en público sólo conducían al rechazo de los demás; debían dejarse tales momentos de perturbación para cuando se estuviera dentro de la casa con puertas y ventanas cerradas. Aun así, no resultaba recomendable dejarse vencer por la violencia: los vecinos tratarían de saber la causa de cualquier escándalo y cuando no lo lograsen la inventarían.

–Entonces, ¿ya renunciaron al sexo? –inquirió fingiendo candidez, aunque habría deseado emplear un tono corrosivo para ofenderla. Había leído una gran cantidad de libros y tratados sobre el tema y

sabía que si la mujer no quedaba satisfecha con un hombre de manera reiterada, por una parte sufría desequilibrios en su sistema nervioso y por la otra buscaba sucedáneos que le calmaran el ardor. Imaginaba divertida a la madre tratando de lograr por medios artificiales el orgasmo que Gustavo, yacente junto a ella somnoliento, no era capaz de ofrecerle. También la vio de manera fugaz arrodillada en la alfombra, con los labios proyectados hacia fuera.

—No es ese el sentido de mis palabras —dijo la madre. Luego de tirar el cigarro en las baldosas brillantes y aplastarlo con la chinela forrada en terciopelo, ocupó un lugar en la cama junto a la hija.

De lo que se trataba, aclaró Trinidad, era de que ahora no sólo les importaba el sexo, sino también la estabilidad del hogar, las responsabilidades sociales, los compromisos con las amistades y sobre todo ella, la hija que tanto adoraban. En este instante, el padre esperaba en la sala despierto, pendiente del resultado de la conversación entre ellas. Comprendían que a su edad ya tenía derecho a la total independencia, pero no querían verla tomar un camino equivocado.

—¿Por ejemplo? —la interrumpe la hija y Trinidad queda con una expresión confundida.

–Por ejemplo –vacila la madre–, lo que conoces sobre las jineteras.

La hija sonríe; sonríe y quisiera descubrir su falso juego pero se contiene. Sabe que la rebelión le costaría cara: como castigo, cancelarían el paseo a la playa y el viaje tan soñado que había prometido el padre conseguir con la ayuda de Madrazo. También perdería la posibilidad de recuperar a Pedrín, pues en guerra abierta contra sus padres a ellos qué iban a importarles sus sentimientos: podrían llegar incluso a infligirle al hombre que realmente amaba algún daño valiéndose de sus influencias y amistades. Esos pensamientos siempre detenían a Cándida cuando pesaba en la balanza de su mente entre hablar con franqueza y continuar fingiendo ante sus padres.

–Ay, mami –dice luego de aceptar otro cigarro que le brinda Trinidad–, bien sabes a lo que van ellas.

La madre se pone de pie.

–¡Cambiemos de tema! –exclama furiosa– ¡Debes conocer que me incomoda hablar de asuntos relacionados con el sexo!

La hija también se pone de pie; siente el cansancio de un día tumultuoso y sobre todo la huida del lugar donde bailaba con su antiguo profesor de natación. Le sugiere a la madre que dejen la conversación para el día siguiente y le muestra el reloj.

–Prométeme que no cometerás ninguna locura
–dice la madre con incertidumbre.

La muchacha pasa un brazo por la cintura de Trinidad y la besa tiernamente en la mejilla; el gesto ha sido franco, en un intento de reconciliación consigo misma y a la vez con esta mujer que le ha demostrado adorarla en reiteradas oportunidades.

–Júrame primero que me ayudarás a recuperar a Pedrín –pone como condición Cándida.

La madre echa a andar rumbo a la puerta, llevando su brazo al hombro de la hija. Se miran a los ojos.

–Lo juro –le contesta con aire de derrota.

Miraron sorprendidas hacia fuera cuando escucharon el canto de un gallo madrugador y vieron a través de los cristales de las ventanas el surgimiento del disco del sol amarillo rojizo en el horizonte.

CAPITULO 4

Canta un gallo madrugador y el joven se mueve semidormido en la estrecha cama. Restriega los ojos mientras se sienta maquinalmente y la madera cruje al compás de los movimientos del torso. Levanta la cabeza y antes de empezar a mover el cuello en sentido rotatorio descubre el surgimiento del disco del sol amarillo rojizo en el horizonte.

Los demás comienzan a despertar y desde el piso superior de la litera le gritan una obscenidad, conminándolo a buscarse una mujer que le calme los ardores.

—Pídeselo a Rosina —le dice un rubio pecoso acompañando su consejo con una risa sarcástica.

En breves minutos el amplio local se convierte en un hervidero; jóvenes semidesnudos, con el cabello ralo y casi todos lampiños, salen en estampida llevando cepillos dentales en la mano o aprisionados entre los dientes. El rubio pecoso se lanza desde lo alto y luego de flexionar las piernas varias veces, llega muy cerca de su compañero; casi al oído, le pregunta:

—¿Qué has decidido, Pedrín?

El aludido detiene los movimientos rotatorios del cuello, se pone de pie de un salto y toma la toalla que cuelga de la cama.

–¡Nos coge tarde!

En la formación militar algunos murmuran y otros aprovechan los minutos que ha concedido el oficial para fumar cigarros de manera colectiva; los pasan de uno a otro, exhalan el humo y el de al lado les pide apresurarse.

–Déjame saborearlo, ¿no? –dice Pedrín incómodo al rubio pecoso y éste se repliega en su sitio, silencioso. A Pedrín le incomoda este currutaco de labios gruesos y cuerpo canijo que pretende guiarlo en todas sus acciones como si él fuese un niño.

–¡Firmes! –grita el oficial y el rubio de las pecas, que ya ha logrado tomar entre sus dedos el cigarro, lo disimula escondido en el hueco que forma la mano semicerrada.

A otra orden del militar comienzan a avanzar en fila, y cuando entran al comedor cientos de muchachos como ellos –rasurados, vistiendo uniformes emblanquecidos por el uso, que bromean en voz baja con el primero que pasa cerca de la mesa donde se hallen– manipulan jarros de aluminio humeantes y mastican una porción de pan algo endurecido.

Pedrín, el Pecoso y los dos que les siguen en la fila llegan hasta la pequeña mesa, se sientan en silencio y mastican y beben sin apenas mirarse. Pedrín sirve agua para los cuatro en los vasos que cada cual voltea bocarriba y salen en silencio bajo la mirada atenta de un muchacho tan joven como ellos que trae un brazalete de color rojo y letras blancas.

—¿Dónde está Vega? —pregunta Pedrín a uno de los jóvenes que le espera con un cigarro a medio consumir para brindarle, y el aludido señala hacia un pequeño comedor separado del que ellos acaban de abandonar.

—¿Ya decidiste hablar con el capitán? —indaga a su vez el rubio pecoso, interponiéndose entre Pedrín y el otro, un muchacho de complexión débil y tórax estrecho.

Ambos miran al rubio con evidente fastidio; Pedrín chasquea los labios y a punto de ofenderlo, de llamarlo chismoso y entrometido, decide contenerse. No le conviene un escándalo, mucho menos una discusión. Es muy importante lo que debe conversar con el capitán Vega y si éste se forma la opinión de que es un individuo conflictivo no pondrá la mínima atención a sus palabras.

El joven delgado llama aparte a Pedrín. Conversan en voz baja, aislados de los que, jaraneros, se burlan

discretamente de los oficiales que pasan cerca y hasta los identifican con nombres de animales o de personajes de la televisión. No es recomendable hablar del asunto con el capitán, opina el de complexión débil. Su cuerpo contrasta con el de Pedrín, un recio hombretón, de espaldas anchas y manos como tenazas. Los demás no paran de reír, murmurar y ofenderse entre sí con groserías sin asomo alguno de violencia; el rubio pecoso está aislado de todos y su cara denota la incomodidad. El más delgado habla y Pedrín lo escucha con suma atención; entiende perfectamente su criterio: hablar con el capitán equivale a una acusación frontal; corre el riesgo de provocar la ira del coronel Martínez si Vega le traslada el asunto como de seguro hará. Pedrín sabía que el capitán no les hablaba cada tarde para hacerles perder el tiempo, sino porque era importante que ellos como jóvenes aprendieran el valor moral de la honestidad.

—El silencio en este caso es una cobardía —expuso Pedrín con firmeza.

El otro acarició sus tenues bigotes y luego rebuscó en uno y otro bolsillo, hasta encontrar al fin un cigarro manchado y que había perdido gran cantidad de picadura. Jugueteó unos instantes con él y le propuso a Pedrín que lo prendiera.

—Es una precaución —objetó el muchacho delgado—. No olvides que Carvajal es un teniente coronel.

Pedrín golpeó el suelo con unas pataditas, indignado. Su amigo no acababa de comprenderlo, a pesar de los años que llevaban juntos de un sitio hacia otro, viajando encima de camiones, manipulando un azadón, bateando la misma pelota confeccionada con trapos y papeles. No lo entendía: vivir para él no era sólo comer y respirar.

Mi amigo Augusto no acababa de entenderme: yo estaba dispuesto a desenmascarar al teniente coronel Carvajal aunque me expusiera a las represalias de sus posibles cómplices dentro del mando de la unidad militar. Sí, porque yo no era ningún estúpido y conocía este mundo lo suficiente como para saber que los carneros no desaparecían porque viniese un mago con su varita y pronunciara cuatro abracadabras. A mí me habían confiado la custodia de los corrales unas semanas antes; los mosquitos me estuvieron castigando durante varias horas y yo observé los puntos débiles de aquella guardia, cuyo responsable era precisamente Carvajal. Al día siguiente fui a su oficina, pedí permiso para entrar, lo concedió; con una expresión entre altanera y mordaz me atendió durante casi media hora sin invitarme siquiera a que me sentara. Yo estaba

equivocado: los corrales resultaban inexpugnables, con un soldado era suficiente desde el puesto de guardia elegido por él para garantizar su seguridad. Podía marcharme tranquilo, ni un animal de aquellos peligraba.

—No temas —finalizó, poniéndose de pie y despidiéndome con unas palmaditas en el hombro—. La comida de ustedes está segura.

Quise salir de dudas, porque existían criterios entre la tropa. Porqué no nos servían carne con más frecuencia. Los jefes están llevándose los animales. Se sabe de un oficial que todas las semanas ofrece una fiesta a sus amistades en la casa. Comentarios antiguos, que pasaban de boca en boca, de soldado en soldado, de un año hacia otro, como una herencia corrosiva. Nosotros llegamos aquí cuando la situación era más crítica: bastaba para convencerse comparar la cantidad de comida en las bandejas dos años antes y ahora. Entonces vino la orden: hay que ampliar los corrales y fomentar la cría, labrar la tierra diariamente cuando concluyan las clases y el entrenamiento.

Augusto, el Pecoso y yo formamos un equipo a partir del momento de mi conversación con Carvajal. Cada noche, uno de nosotros trataba de no dormirse cuando el altoparlante informaba que debían

apagarse los televisores y abandonar los juegos de mesa, y aprovechando la oscuridad salía a apostarse detrás de unos guasimales situados en una elevación del terreno. Desde allí era posible observar cuanto sucedía por los únicos lugares que permitían el acceso a los corrales. Ese era el sitio que yo le había propuesto a Carvajal como nuevo puesto de guardia y desde el cual unas noches antes descubrí cómo desaparecían los animales. Al día siguiente, el propio Carvajal le informaba al jefe de la unidad el asunto, culpando a los perros jíbaros, y se organizó una batida por los alrededores, hasta intrincarnos en los montes tupidos que nos rodeaban. No había perros jíbaros: eso lo sabíamos todos.

—¿Entiendes, Augusto? —le preguntó Pedrín el amigo y éste fue reticente al contestarle. No tenían todas las pruebas en las manos; resultaba creíble que entre Carvajal y su chofer hubiesen sacrificado los carneros y el cerdo; sin embargo, ¿cómo lo demostraban al jefe de la unidad militar?

—Con mi palabra —respondió con firmeza Pedrín.

El teniente llamó a formación y Augusto recogió el cigarro que no habían llegado a fumar. No lograron ponerse de acuerdo más que en un aspecto: denunciar el hecho de manera abierta podía ser peligroso, a

menos que el mando decidiera abrir una investigación secreta.

—El coronel Martínez es amigo de Carvajal —concluyó Augusto mientras caminaba hacia su lugar en la formación— y no ordenará una investigación contra él.

Comenzaron a pasar los días, repetidos unos tras otros. Por la mañana bien temprano la orden de levantarse, la formación, el desayuno. La prácticas de puntería, las clases de defensa personal, el almuerzo en el comedor atestado donde los hedores del sudor mareaban. En horas de la tarde las explicaciones del capitán Vega, claras y precisas. Dentro de aquel mundo las palabras del oficial resultaban inobjetables: lo contradictorio era cuando salían de pase y hallaban las colas interminables, horas y horas para beber un simple refresco; o las muchachas que se dirigían al hotel en las afueras de la ciudad cada vez que los extranjeros llegaban para continuar hacia la playa. También los razonamientos de Vega fallaban al encontrar a alguien en una calle vendiendo jabones de una fragancia casi olvidada, cigarros o manteca.

Pedrín llegaba a su casa extenuado de las guardias, los ejercicios, las clases, el trabajo en el huerto, la vigilancia en los corrales y las demás tareas a que estaba obligado en la unidad militar. Augusto y él

habían determinado apartar al Pecosó del asunto de los corrales, y entre ellos dos se turnaban para ir durante las noches hasta los guasimales, con la esperanza de que se repitiera la operación de aquella oportunidad cuando, según Pedrín, reconoció a Carvajal y su chofer mientras trasladaban los animales muertos hacia el vehículo.

En su casa, Pedrín trataba de permanecer poco tiempo. Iba a la bodega, incomodándose allí por la lentitud con que atendían los empleados. Los hermanos menores gritaban, peleándose entre sí. La madre apenas le preguntaba cómo transcurría su vida. Y cuando visitaba al padre, éste no podía atenderlo porque iba a conversar con la esposa un asunto urgente, estaba jugando con el hijo más pequeño o debía marcharse al trabajo.

Entonces apareció en su vida la muchacha más hermosa que había conocido hasta ese momento, incluso más linda que Rosina, la bella secretaria del coronel Martínez.

Pedrín queda alélado. No puede creer que le sonría a él, precisamente a él, entre tantos de ellos vestidos con el uniforme de gala. Recién terminado el acto, decide proceder sin rodeos. Le admira el conjunto de un cuerpo perfecto, una cara sin tachas y todos los detalles que convierten a esta mujer en

un objeto digno de contemplar: el pelo largo, las uñas de los pies y las manos pintadas, el maquillaje distribuido sin exageración. Acercándose a ella, apoya la mano derecha en el correa que atraviesa su pecho y adelanta la bota izquierda, en actitud de gallo conquistador, del protomacho que se siente junto a aquella hembra olorosa a un perfume jamás aspirado por él. Le embriaga aquel aroma a rosas maceradas, a lirios colmados de rocío, a jazmines. Utiliza las trampas más delicadas para hablarle, y a los pocos minutos ya ha acariciado una mano de la joven y siente cómo el miembro viril le presiona las entrepiernas.

Sucumbieron en pocos días uno al otro. Ella tenía sed de ser amada de verdad, de sentirse en poder de un hombre como aquel, el marido perfecto que siempre había soñado. Una noche salieron del cine y en lugar de marchar cada uno para el sitio habitual —él la dejaba frente a la verja de hierro que protegía su casa y después caminaba varias horas para amanecer en la unidad militar sin ser descubierto—, decidieron llegar hasta el bosque de pinos que circundaba la ciudad.

Hablaron del futuro, de lo que sucedería días después, meses después, años después. De cuánto podrían amarse cada minuto, de haber nacido en otro

mundo que no hubiera estado regido por los conceptos anquilosados de los ancianos –ancianos sobre todo con cerebros de ancianos, precisaron, aunque sus cuerpos todavía anduviesen por la más tierna edad– y la forma en que podrían lograr un punto de encuentro independiente de los demás.

Él colocó una flor silvestre en el pelo de la joven y se internaron en el bosque. A la mañana siguiente, el sol los despertó y cuando se vieron sus cuerpos desnudos, dos cuerpos cincelados a la perfección, empezaron de nuevo a besarse. Tierna fue esta vez la arremetida del huracán y los gemidos de gata en celo de Cándida Moreno se escucharon a kilómetros de distancia mientras rogaba que me la des toda cielo mío y le clavaba las uñas de mujer hermosa en las espaldas.

Los sueños de encontrar un punto de coincidencia donde nadie los molestase quedaron rotos cuando el coronel Martínez lo llamó a la oficina y cuál no sería su sorpresa al ver allí a su padre. El coronel le indicó un asiento, ordenándole a Rosina servir café para todos y él pudo admirar una vez más las enormes caderas de la muchacha que ajustaban los duros pantalones del uniforme.

–Soldado Pedro Garandel –comenzó el jefe de la unidad militar, respetuoso, los ojos semicerrados. A

Pedrín le parecía que el coronel en realidad imaginaba la desnudez de Rosina—: sus escapadas frecuentes son graves. Pero más grave es que usted no llegase a la guardia de anoche en los corrales, y por culpa suya otro soldado se mantuvo allí durante ocho horas. ¿Se da cuenta?

Pedrín se daba cuenta: el capitán Vega no había estado de acuerdo con remitirlo a los tribunales, a pesar de las conversaciones reiteradas que habían sostenido con él por las reincidencias, y los castigos dentro de la unidad como suspenderle días de franco.

—Es la última vez que le hablamos en este tono —concluyó el coronel Martínez, amistoso aunque enfático—. Y ponemos como testigo a su propio padre.

La angustia de Pedrín desapareció meses después, cuando una noche le concedieron un permiso especial gracias a su buen comportamiento. Llegó en pocos minutos a la ciudad, y en lugar de dirigirse a su casa fue en busca de un teléfono público. Él y Cándida habían acordado que cada vez que recibiera uno de estos permisos repentinos, la llamaría identificándose como un supuesto capitán Requenas. Esa ocasión lo atendió la madre, muy educada, tratando de abundar en algunos detalles, sugiriéndole que los visitara pues a ellos les interesaba conocer

las amistades de su hija. Cándida hoy había salido con unas amigas, al cine según le había dicho.

Pedrín colgó el auricular. Ocurría por vez primera que ella no estaba en casa en espera de su llamada. Desde los inicios de sus relaciones habían renunciado a sus respectivas amistades para dedicarse todo el tiempo disponible uno al otro.

Una vaga sospecha comenzó a roerle el cerebro: el capitán Martín Requeñas existía, tenía un cuerpo real y era el amante de Cándida. Durante los orgasmos, ella acostumbraba a rozar suavemente sus espaldas con las manos y entre palabras obscenas gemía: *Mi Martín, mi capitán Martín Requeñas*.

La descubrió desde una gran distancia, pues a fuerza de tanta intimidad durante los últimos tiempos había aprendido a reconocerla entre cientos de mujeres hasta por el olor de su cuerpo. La vio acompañada de un individuo de complexión tan fuerte como la suya y pensó que resultaría un digno rival para comprobar la eficacia de las técnicas de defensa personal que le habían enseñado durante estos años en el servicio militar. Decidió comenzar con lentitud, propinándole golpes suaves aunque demoledores y finalmente lo remataría de manera instantánea, acabando con su vida de traidor allí mismo, al lado de su interlocutor Cándida Moreno.

Se acercó lentamente, sorprendiéndolos tomados de las manos. Sentía deseos de llorar, de gritarles a todos sus desventuras. No habló. Solamente estuvo mirándolos durante un rato a los ojos, y se sintió ridículo con aquel uniforme sucio frente a aquellos dos tan fragantes.

Con el paso del tiempo logró calmarse, mas no olvidarla. Trataba de retomar el curso de los acontecimientos cotidianos, acercarse de nuevo al Pecoso y a Augusto, quienes sin su impulso ya no se acordaban de la vigilancia de los corrales. El mundo se le fraccionaba, rota la división entre el soñado espacio de coincidencia para él y Cándida de manera exclusiva y el vulgar espacio cotidiano donde el teniente gritaba llamándolos a formación.

Meses después, aceptó continuar allí por un tiempo que suponía interminable porque deseaba olvidar los sueños comunes con Cándida Moreno de haber vivido ambos en una ciudad cosmopolita, donde los ancianos no los importunaran con sus criterios anquilosados sobre el mundo.

En realidad, ahora es que canta el gallo madrugador a lo lejos y Pedrín se revuelve semidormido en la estrecha cama; restriega los ojos mientras se sienta maquinalmente y los alambres del bastidor comienzan a crujir. Levanta la cabeza y

descubre a Carvajal que le sonríe desde la cama vecina.

– Qu  guardia la de anoche!,  eh, teniente? –le dice el teniente coronel.

La cabeza le duele. Mientras mueve el cuello en sentido rotatorio descubre el surgimiento del disco del sol amarillo rojizo en el horizonte.

CAPITULO 5

Al día siguiente, el cielo amaneció de un color gris plomizo y las nubes, embravecidas, se desplazaban cargadas de presagios. Pedro Garandel, al pasar junto al radio, lo conecta y continúa en busca de los zapatos mientras su esposa desde la cocina casi le grita que ya puede ir a beber el café.

El tic-tac de la estación radial comienza a martillar a intervalos exactos todo el espacio disponible en aquellos minutos en que Pedro se escuece los labios con el café e intenta de manera simultánea conseguir brillo de sus zapatos, que ya no tienen color definido. La esposa, de pie junto a él, sosteniendo en un brazo al niño y con la mano libre el biberón de leche, le habla acerca de todas las dificultades previsibles para el resto del día, desde una tos que no abandona al hijo hasta la leña húmeda acumulada en el fondo del patio que no servirá para preparar el fogón.

Un trueno retumbó en la distancia, llenando cada rincón de la casa de un bullicio interminable. Pedro calcula los minutos venideros, luego de que discuta con el asesor el controvertido guión del programa radial. A partir de ese instante, podrá dedicarse a

ocupaciones menos incómodas: la entrevista con uno de los creadores de la novedosa cámara de desinfección, el encuentro con los niños del centro escolar y la visita a los pescadores para realizar un reportaje. Y desde luego, sin olvidar ocuparse de las necesidades de Pedrín.

Pedrín guardó la pluma en el bolsillo de la camisa y luego de cerrar el libro donde acababa de anotar lo sucedido en su turno de guardia, quedó un momento pensativo. Sus ojos miraban hacia un punto indefinido del horizonte, sin ver los relámpagos a lo lejos ni percatarse de la tormenta que se avecinaba. Dentro de unas horas llegaría a la ciudad y sus asuntos quedarían en orden, con la ayuda del padre, por supuesto. Por vez primera ayer, luego de la conversación con él, tuvo la certeza de que existían entre ellos ideas comunes e intereses compatibles; estaba dispuesto a ayudarlo, a buscar una solución, a tener en cuenta sus demandas de atención. No lo había tratado con apresuramiento, ni había alzado la voz, indignado. Todo lo contrario, comprendía que un joven a su edad ya estaba preparado para formar una familia, e incluso la necesitaba. Recordó su propia época de joven que ya ha abandonado la adolescencia, y dijo haber atravesado por contradicciones similares. Claro, corrían otros tiempos y las

circunstancias eran distintas, pero en esencia comprobaba que la vida de los mayores iba repitiéndose en los hijos y con palabras de tolerancia hacia los errores pasados de Pedrín tuvo una conversación con él como nunca antes la había sostenido. Pedrín se puso de pie cuando entraron los otros dos oficiales. Señaló el libro de la guardia, ellos asintieron y el muchacho caminó hacia la salida. Las lloviznas comenzaban a crecer. Debía apresurarse si quería aclarar la zona oscura de sus relaciones con Cándida.

Y Cándida en ese instante acababa de despertar, cansada todavía de la huida atropellada de la noche anterior. Estuvo un rato pensativa en la cama, reflexionando acerca de la conveniencia de conversar con Pedrín. Él se lo había pedido el día anterior, pero no estaba segura de que existiese amor entre ellos en realidad. El descanso y la conversación con la madre la habían ayudado a despejar algunas dudas; qué sentido tenía aferrarse al cariño de un hombre ajeno a su mundo, que no se hallaba condiciones de vivir junto a ella en plano de igualdad. Sonrió asombrada de aquellos pensamientos, recordando una vez más a la madre y el instante en que le aseguró que entre ella y su padre ahora existía una unión sedimentada y profunda.

La muchacha desvió los ojos hacia la ventana y acto seguido se cubrió el rostro con la sábana: un relámpago acababa de resplandecer a lo lejos con su luz azulosa y a los pocos segundos el trueno se convirtió en su eco. Lentamente retiró la sábana. Era preferible mirar la vida tal cual era, sin temores absurdos ni falsas ilusiones; quizás en las pocas horas dormidas todo el amor que creyó sentir por Pedrín se había disuelto en la pesadilla reciente: él la sorprendió cargando en hombros unos monstruosos animales con dos cabezas y la acusaba de haber exterminado todas las especies que guardaban en aquellos corrales construidos en unas cavernas. Pedrín matizaba la incriminación con palabras obscenas y le suponía el apellido Carvajal.

Cándida se puso de pie, lentamente. Volvió a sentarse en la cama, sosteniendo entre las manos la cabeza adolorida. Estaba a tiempo todavía de conversar con el padre antes de encontrarse con Pedrín y hablarle francamente, como solía hacer antes de que éste apareciera en su vida vestido con un traje militar de gala, hermoso e imponente como un héroe de los filmes que ella veía encerrada en el cuarto.

Gustavo conectó el radio sin desconcentrarse de la conducción del vehículo, atendiendo cada

irregularidad del terreno, cada charco, cada posible bache. Le disgustaba manejar cuando llovía y mucho más en las ocasiones que las tormentas entraban por la costa amenazando inundar las calles aledañas. Vino a su mente el compromiso contraído con Trinidad: en horas del mediodía Cándida y Pedrín se encontrarían y el padre del muchacho había manifestado la intención de ayudarlos. Debía de haber conversado con la hija con la hija antes de salir, pues llegar de improviso frente a ellos tres podría resultar ofensivo. Sin embargo, el aviso recibido no admitía demoras; perder la oportunidad que se le brindaba, a pesar de la tormenta, era quizás no volver a tenerla.

De todas maneras, piensa en el momento que aminora la velocidad, pudo haber dedicado unos minutos a Cándida. La voz del locutor anuncia la suspensión momentánea del programa e informa las condiciones meteorológicas. Acelera lentamente; el automóvil levanta una ola al pasar por uno de los charcos recién formados en la carretera mientras decide que su deber de padre es no dejar sola a Cándida con sus dificultades.

En pocos minutos la lluvia había arreciado de tal manera que resultó imposible para Pedrín recorrer los escasos metros que lo separaban de la carretera. Además, hubiera sido inútil intentarlo: los vehículos

que pasaban por allí no detendrían su marcha, a casi nadie le agradaba recoger a un pasajero desconocido en esas condiciones de tormenta. Caminó hasta la pequeña oficina donde trabajaba con los mapas de entrenamiento y se entretuvo en ocupaciones nimias. Probablemente nunca quiso a Cándida Moreno y todo no fue más que el capricho pasajero de unas noches de lujuria. Registraba con calma en su memoria y descubría expresiones de ella que ahora comenzaban a parecerle sospechosas. Aludían a la pertenencia de ambos a distintos mundos, como si existiera entre los dos una barrera. Antes, esas frases habían pasado para él inadvertidas pues sólo le importaban los besos de la muchacha y sus caricias. En cambio, en ese instante le encontraba otro sentido, diferentes intenciones; quizás ella nunca había asegurado: *Pertenecemos a mundos diferentes*, pero él así interpretaba expresiones como: *Debes prepararte para entrar a mi casa* o *El día de tu cumpleaños te regalaré algo que jamás has visto*.

Cándida escuchaba con aparente atención el parloteo de la madre mientras Hermelinda les servía el desayuno, cuando en realidad trataba de concentrarse, de mirar hacia adentro su propia existencia, dudosa ya de sacrificar un mundo nítido y esperanzador por un hombre cuyo destino no puede

prever y que al final quizás acabaría por defraudarla. Trinidad, a su lado, trataba de explicarle los riesgos que corrían las mujeres al responder a los dictados del corazón, pensando en las desdichas que había soportado al lado de Gustavo.

La muchacha la miró a los ojos procurando entenderla, en un intento más por recuperar la distancia recorrida en contra de sus padres, ofendiéndolos incluso si ellos atacaban su amor hacia Pedrín. Hermelinda acabó de colocar el agua retirándose con sus pasos cansados; sólo quedaba ahora el espacio entre la madre y la hija, abierto a las confesiones. El viento golpeó las puertas y ventanas con un zumbido amenazante.

La mesa del fondo en el restaurante de la playa se encuentra vacía, como todas las demás. Aquí pretendían encontrarse Cándida y Pedrín para esclarecer algunos lados oscuros de las relaciones que mantenían desde hacía más de un año. También estaría Pedro, porque no iba a dejar a los dos muchachos a la deriva, aunque para defenderlos tuviese que renunciar a su propio matrimonio: así de trágico se había puesto Pedro Garandel esa mañana cuando con las primeras lloviznas alcanzó la calle y silbando una canción de moda se dirigía a su trabajo protegiéndose del agua debajo de los portales.

Gustavo Moreno había decidido llegar a la mesa del fondo cuando ya ellos tres hubiesen comenzado a conversar. Contaba con la sorpresa de Cándida, el temor de Pedrín y la indignación del padre de éste. El, en cambio, sonriendo bondadoso solicitaría permiso para ocupar la silla vacía. Es más, indagaría qué deseaban beber como aperitivo.

–Bien, amigos –pensaba decirles juntando las manos con los codos puestos encima de la mesa como era su costumbre–, ya que nos hemos reunido, es hora de entendernos.

Pedro no hubiese contestado. Era demasiado astuto para dejarse envolver por las trapacerías de este señor oloroso a perfumes de mujer, vestido siempre con camisas de mangas largas aunque hiciera un calor sofocante y que en una oportunidad se había atrevido a calificar a Pedrín de vago, perseguidor de muchachas honestas y otras ofensas de las cuales era preferible ni acordarse.

–Hablemos con franqueza –repetiría Gustavo al concluir que sus palabras iniciales no causaban impresión alguna.

Pedrín sí se encontraría impresionado. Como de costumbre, el dinero en los bolsillos era escaso y le iba a resultar incómodo sentirse una especie de anfitrión en bancarrota.

La tormenta impidió el encuentro de los cuatro en el restaurante de la playa y ese día tampoco hubo comensales allí. Como otras veces en tiempo de lluvia torrencial, las olas cubrieron los arrecifes y el mar avanzó por la arena hasta chocar contra los muros del restaurante. Algunas cajas de cartón vacías se impregnaron de agua y los únicos sacos existentes en el almacén estuvieron a punto de salir navegando. Ninguno de los cuatro pudo llegar al restaurante.

Meses después se repitió una tormenta similar mientras Gustavo viajaba por Europa en asuntos de negocios. Cándida estaba sola en la casa y cuando había pasado todos los cierres de las ventanas escuchó que tocaban a la puerta. *Esa Hermelinda*, pensó, *la vieja zoqueta: siempre olvida la llave cuando sale*. Fue a abrir y al ver una figura de hombre a través de la rendija intentó cerrar de nuevo. El empujón de un brazo potente se lo impidió.

—¿Qué quieres?

Él, por toda respuesta, colocó un pie entre el marco y la puerta.

—Déjame pasar.

La muchacha presionaba la puerta hacia fuera.

—Vete.

Junto con la petición se escuchó un suspiro; la puerta fue abriéndose. El hombre avanzó sonriente.

—¿Por qué me abriste?

Cándida recorrió el cuerpo del hombre con la mirada. Levantó un brazo con un gesto involuntario y el sonido de las pulsas de oro lo excitó. Empezaron a besarse.

Días después, Pedrín estuvo conversando con Rosina durante una ausencia ocasional del coronel Martínez. Llovía y la mañana era de un color gris oscuro. La muchacha, aprisionada en los pantalones del uniforme militar, lucía apetecible. Reía constantemente con las historias de Pedrín sobre los sueños que lo atacaban con frecuencia; en uno de éstos, según él repetido noche tras noche, ella se presentaba para conducirlo hasta el cielo y al descubrir que ambos se hallaban desnudos decidían continuar hacia el infierno.

Un cuento detrás del otro, un trueno tras otro, entraron en el terreno de las confidencias. Ella no era la amante del coronel Martínez como opinaban algunos; tampoco estaba enamorada de ninguno de los hombres de allí. Una confidencia encima de la otra, un relámpago entre trueno y trueno, acabaron acariciándose las manos y cuando sus bocas empezaron a entreabrirse para marchar por otros rumbos, escucharon la voz de alerta gritada por el soldado de la guardia. Pedrín, fastidiado, recogió la

camisa del suelo; nunca como esta vez le incomodaba que llegase el coronel Martínez.

Años después, Pedro Garandel caminaba despacio por las calles de la ciudad, auxiliándose con un bastón. Se detenía en las esquinas en espera de que alguien le ayudase a cruzar. No le gustaba hablar del pasado, lleno de malos recuerdos; en esas oportunidades, siempre acababa rememorando los pormenores del accidente, y enfermo de nostalgia durante unos cuantos días lloraba encerrado en su cuarto. No había vuelto a beber desde aquella oportunidad, no compartía ni un momento con sus antiguas amistades, apenas visitaba a los familiares. Era un solitario. Caminaba por las calles acompañado de su bastón y esperaba con tristeza en las esquinas.

En Barcelona, Gustavo Moreno estuvo pensando durante cuatro meses qué actitud asumir ante sus conflictos personales. No estaba seguro de que Trinidad todavía lo quisiera, si es que alguna vez lo amó, y Cándida acabaría por tomar un rumbo independiente. Contó con paciencia cada uno de los ciento veintidós días, anotando la fecha en una pequeña libreta. Cada noche libraba una nueva batalla consigo mismo, sopesando las acciones y sus consecuencias. Era como una gota de agua encima de la cabeza; gotas que se convertían en dudas,

reflexiones, enigmas. Hubo oportunidades en que recordó los conflictos de Hamlet y no pudo evitar una sonrisa. En vez de disfrutar la vida, se decía en ciertos instantes, empleo el tiempo estudiando aspectos insulsos sobre el desarrollo de las relaciones mercantiles y el comportamiento de los individuos ante el trato deferente y cortés, oferto facilidades de pago y muestro fotografías en colores que hermosean la realidad.

Llegado el día ciento veintitrés, Gustavo emprendió el viaje de regreso; Trinidad y Cándida lo recibieron emocionadas; comprendió una vez más que en la distancia las pasiones se exageran y con la soledad la imaginación acaba por convertirse en la búsqueda del eterno movimiento.

En una ciudad cosmopolita, Cándida Moreno habría esperado a Pedrín sentada en una mesa de un pequeño restaurante. Las olas chocarían contra las paredes del fondo y su rugido sería similar al de miles de fieras enjauladas. Precisamente en ese momento habría llegado Pedro Garandel acompañando a su hijo y darían inicio a una conversación amistosa. El único obstáculo sería la presencia de Gustavo, quien aparecería de improviso: Pedro lo aborrecía porque utilizaba perfumes con olor a mujer. Pedrín

siempre le había temido por sus aires de grandeza y Cándida lo consideraba un cobarde.

CAPITULO 6

Meses después, al igual que cada día, Pedro Garandel salió apresurado de la casa, dando un portazo violento, y ya no escuchó más el llanto del niño, un llanto cotidiano: apenas los oía levantarse de la cama y buscar a tientas las chancletas, iniciaba unos gemidos cortos e intermitentes, más bien una especie de ronroneo; las veces que ellos no le prestaban atención y salían del cuarto ofendiéndose uno al otro, sobre todo en las ocasiones que olvidaban situar la aguja del reloj frente al número cinco, el ronroneo se transformaba en gemidos entreverados con hipidos y palabras incomprensibles para otros, no para los padres que ya conocían su código verbal. Y si el conflicto entre Pedro y su esposa era de tal magnitud que entre alimentar dos pollos minúsculos guardados en una jaula situada en la cocina y prender un fogón en el patio con trocitos de leña y basura seca optaban por la segunda acción, entonces el manantial del llanto se desbordaba y no podían contenerlo sino con dos biberones de leche.

Precisamente en ese instante Pedro ha huido del bullicio que arman el niño y la madre; ella grita tanto como éste y además protesta porque debe desgastar

sus pulmones soplando los pedazos de madera y el humo le penetra hasta por los ojos. Cuando inicia el ascenso de la pequeña cuesta que lo conducirá a su destino, todavía recuerda el gesto airado de la mujer en clara señal de protesta contra la bata de casa raída por cuyos agujeros asoma la piel en la que comienzan a formarse grietas.

Mientras camina sin apresuramiento, piensa en las intenciones y deseos de Pedrín. Varias bicicletas pasan casi rozándolo, le gritan que se aparte y uno del grupo lo trata de manera obscena; cuando reacciona la respuesta se le queda atravesada en la garganta. Sube a la acera y continúa inmerso en sus pensamientos, dándole vueltas al asunto, buscando una solución para las inquietudes del hijo.

Las luces en el interior de las viviendas parpadean y al apagarse por completo, comprende que tampoco hoy podrá utilizar su mesa de trabajo en la estación radial y tendrá que salir a deambular, en busca de un sitio donde elaborar el guión del próximo programa que le queda pendiente. O tal vez aproveche para ir donde Pedrín.

Al llegar a la panadería calculó la cantidad de personas que esperaban; preguntó en voz alta y al fin le respondieron sin muchos deseos desde el principio de la fila. Se mantuvo silencioso durante todo el

tiempo; en la actualidad, no entablaba conversaciones en aquellos sitios, temeroso de provocar un escándalo; semanas antes, una mujer de edad avanzada contestó con violencia a un comentario suyo sobre lo fastidiado que estaba de hacer colas.

Le preocupaba la situación de Pedrín; a su edad, la vida podía detenerse en una mujer y sentir el impulso de proceder como uno de los muchachos del barrio que debajo del laurel bebían y fumaban a toda hora: la novia lo había abandonado por otro del propio grupo y la esperó una noche en una esquina solitaria armado de su rencor y del miedo al ridículo entre los demás, quienes mugían cuando él llegaba; o como uno de sus compañeros de trabajo, que luego de una discusión violenta con la esposa lo sorprendieron con una soga al cuello. No: Pedrín no era de esos. ¿Y si lo era? ¿Y si en realidad su capa exterior no era tan dura como aparentaba?

Sin salir de la duda, entregó el dinero junto con la pequeña libreta y luego de recoger el pan estuvo fracciones de segundos pensando en qué dirección quedaba su casa.

Después de desayunar, salió a toda prisa sin escuchar apenas las advertencias de la esposa sobre la conveniencia de recoger al niño en el círculo infantil más temprano que de costumbre; ella

quedaba allí, en su lucha diaria contra los zapatos del hijo que no querían entrar en sus pequeños pies y murmurando ofensas contra el marido quien consideraba una estupidez dedicar el tiempo a la crianza de dos pollos tan pequeños debajo del fregadero. Ella quedaba indignada como siempre contra Pedro, quien casi no abría la boca por estar pensando en el mayor de sus hijos.

Y cuando Pedro Garandel entró al edificio donde trabajaba, apenas vio a su amigo Felipe la sonrisa se le desbordó amplia y benevolente. En presencia de todos los que habían llegado y marcaban la tarjeta en el reloj o comentaban alegres sobre las fiestas de la noche anterior, Pedro solicitó la bendición a su amigo y éste, fingiendo voz de anciano desdentado le aconsejó elegir entre dos caminos siempre el peor. Muy pronto reinó en aquel pequeño espacio la algarabía de gente despreocupada, jaranera y divertida con cuanta broma se escuchaba. Alguien rogó atención y Pedro no pudo contenerse, al menos dentro de su cerebro: le molestaba oír hablar a Román y hoy tendría que escucharlo durante casi media hora como otras veces en la habitual reunión matutina.

El resto del día apenas le alcanzó a Pedro para elaborar todos los escritos que se había propuesto y

visitar a uno de los creadores de la cámara de fumigación. Cuando llegó al laboratorio, estaban esperándolo todos los que habían contribuido a construir la cámara y conversaron durante casi dos horas.

Al final de la tarde, luego de regresar a su casa con las mercancías que fue a comprar, se bañó y comió apresurado. Había determinado encontrarse frente a frente con Cándida Moreno porque estaba en juego la felicidad de Pedrín.

Días después, Gustavo se niega a creer que al automóvil fuera a fallarle el encendido. Debe recoger a los visitantes en el aeropuerto alrededor de las nueve, y apenas le quedan unos minutos para desayunar. La noche anterior ha abusado de la bebida; supuso la borrachera desde que las botellas comenzaron a circular y la cantidad excesiva terminó por derrotarlos a todos. Ahora recuerda con imprecisión cómo se acercaba a la olla hirviente y en presencia de sus vecinos retiraba la tapa para olfatear aquella mezcla de plátanos, boniatos, yucas, calabazas y huesos que él catalogaba allí, en medio de la calle, para que nadie se atreviera a desmentirlo, como *manjar exquisito de los dioses paganos*.

También cantó las coplas del pirata y el cofre del muerto, abrazado de uno de los vecinos tan borracho como él, las décimas que elogiaban las delicias del acto sexual y las cuartetas sobre el trato del esqueleto.

Entra a la casa resignado y le pide a Hermelinda que primero le sirva café sin azúcar; luego de tragar una pastilla y consumir el vaso de agua casi completo, comienza a masticar el bocadito. Cándida le parecía anoche una muchacha feliz; ha cambiado mucho de parecer a partir de la conversación sostenida con Trinidad la noche anterior al día de la tormenta. Ya no consideraba a Pedrín el único hombre sobre la tierra, todo lo contrario: era un individuo común y corriente, capaz de cometer actos de heroísmo o de bajezas humanas como cualquier otro.

Le ordena a Hermelinda traer otra taza de café. Si de pequeña le hubiese dedicado más tiempo a Cándida nunca habría estado a punto de perderla para siempre. Porque, para él, de ella casarse con alguien ajeno al círculo de intereses en el cual se movían, quedaría convertida en otra persona. No podía aceptar que su hija estuviese obligada a trabajar para subsistir.

Después de intentar comunicarse con su secretaria por teléfono sin lograrlo, abre la verja de

hierro más pequeña y comienza a caminar por la acera. A lo lejos el mar ruge violento y él recuerda la mañana de la última tormenta que azotó la ciudad. Lentamente, marcha a lo largo de la avenida sombreada por laureles. Una brisa agradable choca contra su cuerpo, pero él apenas la percibe. Avanza sin deseos y al llegar al cruce de ambas calles alguien le grita desde un automóvil.

—¿Qué te pasó? —pregunta asombrado el hombre que va al timón—. Jamás te había visto a pie.

—Amanecí roto —contesta Gustavo. Su voz es de fastidio; interroga al otro con la mirada y es como si pudieran entenderse sin hablar.

—Sube —le dice el hombre.

Gustavo sonrío. Una sonrisa de agradecimiento.

El resto de la mañana transcurre para él entre frases protocolares, conversaciones por mediación de un traductor y brindis de cocteles. Los cumplidos no se escatiman dentro de la oficina de Gustavo, una espaciosa sala con una mesa redonda y varias sillas acolchadas a su alrededor. Como agradable fondo de aquella especie de recepción, se escuchan las canciones de un trío profesional y el entrechocar de las copas. Un ligero mareo sacude la cabeza de Gustavo, mareo bien distinto al de la noche anterior, cuando en una oportunidad creyó estar bebiendo

alcohol de precalentar fogones. Aquí es distinto: las expresiones son cultas y comedidas y conducen a un objetivo tangible para él: viajar de nuevo al extranjero.

Avanzada la tarde, mientras con los ojos semicerrados descansa en una cómoda silla frente a su amplio buró, vuelve a pensar en Cándida. Y en Trinidad. Últimamente encuentra esquivas a la esposa, su comportamiento resulta poco habitual. No en la cama desde luego, cuando carcomidos por la lujuria avanzan uno contra el otro con claras intenciones de devorarse hasta el último resquicio de cordura. Más bien sucede en los momentos que pudieran dedicar a la conversación franca y abierta sobre temas íntimos, personales. Por supuesto, no sospecha la existencia de otro hombre en la vida de su esposa, eso jamás: Trinidad es demasiado pura y honesta como para traicionarlo. Pero no le caben dudas que algún conflicto la roe por dentro y no quiere confesárselo, quizás con el objetivo de no perturbarlo ahora que al fin el viaje suyo a Noruega es casi una realidad.

Se pone de pie, enérgico. Mira el reloj y pide a la secretaria que marque un número telefónico. Espera unos instantes y escucha la señal de ocupado

repetirse una y otra vez. Sacude la cabeza contrariado; cuán difícil resulta hablar con Pedrín.

Oprime de nuevo el botón del intercomunicador y le ordena a la secretaria que venga a organizar la oficina. Cuando entra la muchacha, una hermosa joven ataviada con bisuterías de artística elaboración y olorosa a perfumes exóticos, la mira con codicia.

—Cuando termine, avise a Remberto que me recoja —dice. Acaba de tomar una decisión: irá a conversar personalmente con Pedrín.

Años después, llegaría a saberse que la intención de Pedrín no era discutir con Carvajal, ni entrar en conflictos con él. Simplemente, esclarecer algunas dudas y equívocos surgidos por culpa de Augusto, a quien siempre tuvo por amigo. Era difícil para él criticar de esa manera a alguien al cual se sentía unido más que por los años, por las alegrías y vicisitudes experimentadas en común. Pero le hablaba con franqueza, Carvajal: jamás he dudado de su integridad como revolucionario.

Pedrín se irguió, respetuoso. Estaban los dos solos en la oficina, nadie podía escucharlos pues finalizado el almuerzo casi todos iban a la habitación del fondo

a dormir y las mujeres salían hacia la casa alledaña donde descansaban. Por lo tanto, hablemos con franqueza, exigió Carvajal. Los detalles ofrecidos por Augusto se le parecían demasiado a los recuerdos que guardaba en su memoria desde hacía años, y no veía la necesidad que tendría éste de mentirle.

–Envidia, Carvajal –razonó Pedrín, preocupado. Nunca faltaba un contratiempo en la vida. Estaba a punto de lograr sus propósitos y surgía el inconveniente de la desconfianza por parte de Carvajal. Sin su apoyo, resultaba prácticamente imposible triunfar en sus aspiraciones personales. Y no es que le importase para sí mismo, sino porque necesitaba demostrarle a Cándida su valor por encima del de cualquier otro de sus actuales pretendientes.

Carvajal se colocó debajo del ventilador con el objetivo de secarse el sudor que le corría desde la frente hacia las papadas. Agitó ambos brazos.

–Yo no tolero burlas de ningún tipo contra mí.

Pedrín estuvo a punto de echarse a reír, de confesarle que efectivamente Augusto tenía razón: entre los dos habían dibujado el muñeco panzudo que apareció en el mural con las leyendas obscenas y la clara alusión al robo de animales en los corrales; sin embargo, le dio un manotazo a la idea.

–Usted me conoce desde hace años –trató de convencerlo Pedrín con su mejor carta de triunfo: la seriedad de carácter que todos le suponían.

El otro quedó en silencio unos instantes y Pedrín trataba de no mirarlo; temía explotar en una risotada y confesar que el domingo anterior en el cumpleaños del hijo de Augusto alguien había sugerido buscar una foto de Carvajal y colocarla en el lugar de la cabeza del burro. Eran bromas que utilizaban en la unidad militar con cualquiera, aun en su presencia, pero que Carvajal hubiese tomado como una grave injuria contra la autoridad representada por su persona.

El hombre grueso acaba de desabotonarse la camisa y avanza hacia una de las camas, más calmado. Ha estado a punto de sonreír.

–Olvidemos esa vaina, muchacho.

Luego de quitarse la camisa, el teniente coronel se sienta en la cama comenzando a desacordonarse los zapatos.

–Me has convencido, teniente Garandel. Mereces que proponga tu ascenso al grado de capitán.

Pedrín suspira aliviado. Ahora tiene la certeza de que podrá reconquistar el amor de Cándida Moreno. Ella tendrá que admitir su triunfo cuando lo vea con los mismos grados que Martín Requenas.

Cándida Moreno tiene la sensación de estar caminando encima de la nieve; siente temor de que la ventisca se repita. Jamás pensó verse vencida por la distancia, el cansancio y el aburrimiento. Al llegar a la esquina escucha una música que la llena de nostalgia; se trata de un enamorado a quien el destino le roba su amor, porque destruye a la amada en un accidente. Jamás pensó que la distancia fuese tan demoledora como para aniquilar sus ilusiones en unos segundos. Entretenida en tales pensamientos no advirtió cómo transcurrieron las horas, los días, los meses y los años. Quedó convertida en una anciana y con el báculo no sólo ahuyentaba a los perros que pretendían morderla, sino también llamaba la atención de la gente para que la ayudase a cruzar la calle. A nadie le importaba, ninguno preguntó si tenía que pasar hacia el otro lado. Los niños empezaron a confundirla, y cuando desde una nube le gritaron que se apartara, creyó descubrir la añorada voz de Pedrín.

Entonces recuperó las ilusiones y con éstas la juventud. Pero de todas maneras la gente continuó pasando por su lado sin importarle los sufrimientos de ella. Le indignaba haber abandonado las comodidades de su habitación, los servicios de

Hermelinda, el amor enfermizo de la madre y las preocupaciones del padre, para venir hasta aquí, donde la nieve nunca se derretía, al espacio de coincidencia sin ancianos ni sus ideas anquilosadas, en busca de Pedrín, y que él estuviese casado con la secretaria del coronel Martínez.

Al menos le quedaban las ilusiones, porque la juventud no podía detenerla indefinidamente. Y volvió a llorar, como cuando era niña y deseaba un juguete. Entonces despierta con los ojos anegados de lágrimas y comprende que no se ha movido de su cama.

Sin necesidad de recurrir a subterfugios, Gustavo Moreno logró conversar con Pedrín. La carretera estaba solitaria ese domingo en la mañana, y de casualidad coincidieron. Pedrín vestía un traje deslavado, casi blanco, y el cansancio se reflejaba en su rostro cuando detuvo los pasos en medio de la carretera y le hizo señas al automóvil. El chofer frenó unos metros delante y él correteó el breve espacio, eufórico. Primera vez en los siete meses de hallarse en esta zona que un vehículo particular lo recogía.

—Porque no todas las personas en el mundo son iguales —alegó Gustavo mientras extraía una cajetilla

de cigarros y le brindaba a Pedrín. Asombrado por la marca, éste aceptó, pero se abstuvo de manifestar estupor. La de hoy sería una historia digna para contársela a Augusto: lo recogían en un automóvil cuyos asientos estaban forrados con auténtica piel de conejo, oloroso a perfume del más caro, y encima de ello le obsequiaban un cigarro extranjero.

En un momento de su conversación durante el trayecto, Gustavo calificó a los jóvenes actuales de irresponsables y Pedrín se opuso a ese concepto: los jóvenes constituían una generación y en cualquier época de una forma o de otra representarían al futuro contra el pasado: yendo a la guerra para luchar por la libertad o raptando doncellas con el objetivo de romper convencionalismos. Gustavo movió la cabeza, admirado. Sonrió ligeramente pensando a la vez que este muchacho no era ningún estúpido; era de esos individuos a los que podía ayudarse a escalar el primer peldaño de la vida, con la seguridad de que al final conquistarían solos el mundo.

—¿A qué piensas dedicarte cuando termines el servicio militar? —indagó.

Pedrín no anduvo con vacilaciones para contestar.

—Continuaré estudiando —dijo.

Se propuso no perder de vista a este joven. Tendría una edad similar a la de su hija, y como ella

ansiaba aprender todo lo nuevo. Adivinaba en la mirada suya la resolución del vencedor.

Siguieron conversando, ajenos a las circunstancias que estaban poniéndolos en contacto, porque Pedro Garandel en aquel mismo instante entraba al instituto preuniversitario dentro de un vehículo preparado para transmitir programas a distancia, y cientos de muchachos uniformados lo rodearon. Los estudiantes no parecían cansados a pesar de que además de las clases en horas de la mañana, por la tarde habían desyerbado con las manos unos extensos campos sembrados.

El chofer concluyó las maniobras y todas las gargantas corearon consignas y lemas alegres, de un optimismo indiscutible. Una muchacha rubia, de ojos hermosos y a quien el uniforme no le restaba belleza como a algunas otras de las que por allí venían a curiosear y a pedir canciones de moda, llegó donde Pedro. Sin preámbulos, le preguntó:

—¿Es aburrido su oficio?

La pregunta lo sorprendió. Había aprendido a conocer a las personas, su trasfondo humano, de acuerdo a las respuestas que ofrecieran durante las entrevistas. Se jactaba entre sus compañeros de haber descubierto a un ladrón diez años antes que el individuo pensara cometer el delito: cuando lo

entrevistó para uno de sus programas, siendo entonces un trabajador sin cargo alguno, encontró que sus palabras resultaban falsas; diez años más tarde, como director del mismo lugar, fue encausado en condición de autor de un desfalco de incalculable envergadura. Sin embargo, conocer a las personas por las preguntas que formularan no era oficio de periodista; no obstante, sabía que aquella muchacha no sólo era atractiva y aventajaba a sus restantes compañeras por la profundidad del pensamiento, sino además que el deseo sexual estaba consumiéndola y acabaría por encontrar a un tonto que se enamorase de ella perdidamente.

—¿Cómo te llamas? —atinó a preguntar Pedro, cuando ya iba a sucumbir contestando la interrogante de la muchacha.

—Cándida Moreno —dijo ella indiferente y empezó a alejarse.

CAPITULO 7

Meses después, la vida no transcurrió como todos los días para Pedrín Garandel. Mientras el camión en que iba devoraba los kilómetros, su mente marchaba hacia atrás, cuando era tanta la oscuridad que de sólo pensarla, aterraba.

Una tras otra, horas de lluvia mantenían a Pedrín con el cerebro ocupado en pensamientos distantes de sus preocupaciones privadas. Entre él y Carvajal tenían la responsabilidad de organizar el traslado de los animales desde los corrales hacia un lugar seguro, controlar el cumplimiento del relevo de la guardia, velar porque los soldados durmiesen al menos seis horas para evitar su agotamiento y sobre todo mantener la disciplina. Conocía a fondo a sus subordinados gracias al trato franco y camaraderil que empleaba con ellos y sabía que aunque casi todos eran prácticamente imberbes, si se les hablaba desde el lado humano podían evitarse castigos que a la postre los convertirían en unos rebeldes. Impidió la sustracción de unas aves que los soldados pretendían consumir a escondidas, les prohibió beber ron mientras estuviesen trabajando y evitó una riña tumultuaria originada por una discusión sin sentido.

El teniente coronel Carvajal lo dejaba hacer, confiado en las habilidades de Pedrín para tratar a los muchachos, como éste los llamaba; enfundado en la gruesa capa de lona, arrellanado en el asiento del jeep que conducía el propio Pedrín, lo miraba complacido desplegar su actividad. Profiriendo un grito allí donde resultara necesario, llamando a solas al promotor de algún conflicto y hablándole en voz baja o acercándose a los morosos que detenían el trabajo.

Cesaron las lluvias de improviso y un sol grande manchado de líneas púrpuras y reflejos multicolores apareció en el horizonte en compañía del cielo diáfano y tranquilo. El agua corría por las acequias naturales, yendo a desembocar en arroyuelos tributarios del río mayor, encrespado e impetuoso. Desde una elevación Pedrín, con los brazos cruzados detrás de la cintura, comentaba con Carvajal las pérdidas ocurridas en los corrales. Muy pronto empezaron a derivar la conversación hacia asuntos más íntimos y le habló con franqueza al teniente coronel: consideraba urgente ausentarse unos días a pesar de la situación de desastre existente en la unidad militar.

En la ciudad aún predominaba el olor a tierra húmeda cuando Pedrín bajó del camión. Echó a andar

con pasos lentos y pesados, no tanto por el cansancio sino para evitar el crujir de las botas que, todavía empapadas en agua, al rozar con la piel producían un ruido incómodo. Llegó a su casa y encontró a los hermanos dispuestos a la algarabía, arrebatándose juguetes inservibles, acabados de levantar y semidesnudos todavía. La madre, desde la cocina, le comentó con desgano que se le hacía tarde para el trabajo y se alegraba que él hubiese llegado.

—Así conversas un rato con tus hermanos —concluyó la madre su parloteo y escuchó la caída de un líquido en una vasija metálica.

Mientras tanto Pedrín trata de concentrarse en los detalles que no debe olvidar pero los niños saltan de un lado hacia otro gritando mientras lanzan los deshechos juguetes contra el piso. El pañuelo, Dios mío, dónde lo pusieron; mamá con su maldita costumbre de esconderlo todo, desde los orinales hasta los litros de leche; aquí tampoco, ni en esta caja de cartón, ¡maldita sea!

—¡Cállense ya! —les grita a los hermanos.

Después de encontrar el pañuelo, debía pensar en el pulido de los zapatos; ya no había tiempo para ir donde el limpiabotas. Los niños salieron a corretear al patio mientras un perro manso los saludaba con ladridos de alegría y él al fin pudo concentrarse unos

instantes. Estos malditos zapatos, con más cuarteaduras en las suelas que un terreno reseco; y el agujero en la puntera nunca se lo había notado, qué le vamos a hacer; esconderé este zapato detrás de una pierna.

Cuando la madre vino desde la cocina con una taza de café humeante que puso en las manos de Pedrín, se quejó de todas las dificultades por las que decía estar atravesando.

—¿Dónde tú vas tan bien vestido? —preguntó de improviso, como dándose cuenta de que Pedrín no la estaba escuchando.

Él observó sus zapatos tratando de verse a sí mismo y comprobar si efectivamente era elegante la indumentaria. Movié los hombros hacia arriba y contestó:

—A encontrarme con mi novia.

Ella no podía creerlo. Pedrín apenas les dedicaba unos minutos; se sentía triste en aquella soledad.

—¡Muchachos! —gritó, mirando en dirección al patio y los cuatro chiquillos corrieron hacia ella, prendiéndose de su vestido alborozados.

Pedrín sale, aprovechando que su madre está entretenida con los niños. Me siento ridículo con esta ropa tan deslavada y sobre todo, con señales de no haberme pertenecido cuando fue nueva; jamás me

había sucedido que las manos me sudaran, ni cuando fui a disparar por vez primera y temía que el fusil rebotase y me matara.

Camina despacio por la calle, absorto en sus ideas, sin advertir que muchos lo miran al pasar, pues mueve los labios y gesticula constantemente. Déjame volver a revisar el dinero; tres, cuatro, cinco y por acá, un menudo.

Cruza una esquina y siente que el aire marino le refresca el cuerpo. Si pudiera entenderse con el padre. Papá es muy obsesivo: eso no te conviene, no te juntes con los del barrio, no te acuestes con las mujeres que van a los hoteles en busca de extranjeros; siempre con un no en la boca, como si le preocupara tanto mi vida.

Al rato, pasa por la zona donde el olor a marismas le hace sentir asco; varios obreros trabajan en una construcción de muchas plantas y él se detiene un momento, pensando en lo confortable que resultaría la luna de miel en un hotel como este.

Cuando Pedrín llega al restaurante de la playa, siente cómo su corazón late apresurado al ir ascendiendo la escalinata que lo conducirá a la puerta de cristales. Meses atrás, la entrevista que pudo haber sostenido en la mesa del fondo con Cándida Moreno en presencia de Pedro Garandel se vio

frustrada por una tormenta similar a la que acababa de azotar la región. La brisa del mar lo despeina y se arregla el cabello antes de llegar donde el capitán del restaurante, vestido con un traje oscuro y elegante, le cierra el paso con su cuerpo.

—¿Qué desea? —le pregunta con una especie de fastidio en la voz—. ¿Usted no sabe que desde ayer todo lo que se consuma aquí hay que pagarlo con divisas?

Pedrín advierte que la rabia comienza a ganarlo pero se contiene. No es conveniente para la salud ni para la opinión que se forman de uno los demás protestar continuamente. Viene a su memoria como un recuerdo fugaz aquel conflicto con el que es hoy su protector. El teniente coronel Carvajal lo había tratado indiferente cuando siendo él un soldado fue a recomendar un punto de guardia más efectivo durante la vigilancia de los corrales y a partir de ese momento se convirtió en un rebelde. Protestaba por los frijoles duros o muy blandos, por la suciedad de los baños, por los horarios nocturnos de guardia tan continuados que le correspondían, por la cantidad de terreno a desyerbar. Pensando en aquellos días que logró salvar convenciéndose de que mientras él luchaba porque no se perdieran los animales que servían para alimentar a sus compañeros, ellos no se

cansaban de incomodarlo con sus críticas y apodos, decidió hablarle al del traje en tono comedido.

–Estoy invitado por la hija de Gustavo Moreno. Me espera en la mesa del fondo.

La mención del apellido surte el efecto esperado, porque el hombre del traje suaviza la expresión y hasta se permite una broma que Pedrín finge no escuchar. En otras circunstancias le hubiese virado la nariz de un puñetazo a este barril con piernas.

Empuja la puerta y en la mesa del fondo descubre a la muchacha que lo saluda sonriente imitando con la mano el vuelo de un pájaro. Ya huele su perfume de jazmines y de rosas; imagina que dentro de pocas horas volverá a ser dueño de su hermosura y esta vez se propone que sea para siempre.

Años después, la vida no había transcurrido para Cándida Moreno como ella la había soñado. Ya su padre no viajaba a París ni a Estocolmo y sobrevivía como empleado subalterno en uno de los hoteles contruidos en la playa por un convenio con la *Canadian and Caribbean Corporation*, y Trinidad había acabado por perder la hermosura de su cuerpo.

Aquella tarde de un final de año, Gustavo había venido a buscar a su hija porque le inquietaba que viviese allí, en dos habitaciones a medio construir y

con el piso rugoso. Ella fue hacia la cuna donde lloraba el niño y antes de cargarlo en brazos estiró las cobijas.

—Me avergüenza verte en la situación en que vives, en medio de las más crueles vicisitudes. Y todo por seguir a un hombre que no te merece en ningún plano.

Cándida caminó hasta la pequeña mesa donde en una desordenada mezcolanza se unían alimentos sin cocinar y vasijas, algunas con huellas de tizne o de grasa.

—También me entristece —continuó el padre, melancólico—. Sobre todo, cuando alguno de mis antiguos compañeros de la empresa que dirigí se encuentra conmigo. Y para ofenderme, me insinúa haberte visto. Así nada más: que te ha visto.

Él imaginaba el resto de la escena: su única hija, antes tan atractiva, ahora condenada a empujar solitaria el coche con el niño dentro, cargada de bolsos o esperando en una cola interminable a que le correspondiese el turno para comprar una mercancía que podía agotarse de inmediato.

Ella prendió el pequeño reverbero haciendo equilibrio para no estropear al niño; colocó una coladera en el borde de un pequeño jarro agregando leche de otro más grande.

—¡Me da rabia! —exclamó Gustavo Moreno golpeando con un puño cerrado la palma de la otra mano.

Mientras ese individuo al que llamaba su marido, Pedrín Garandel, andaba caminando quién sabe por cuáles derroteros, despierto toda la noche al lado de un teléfono en la unidad militar o cazando jovencitas tiernas, su hija aquí desvelada, pensando en él o atendiendo al niño que había aparecido en el mundo con la marca del sufrimiento en la frente.

Cándida hizo un esfuerzo para no contestar de manera ofensiva las virulentas palabras del padre. Sopló la llama azulosa y ocupó una silla desequilibrada junto al padre, quien se volvió para contemplar con ternura al nieto que, ávido, bebía la leche. Ella iba meditando en silencio lo que decía ahora el padre, mientras observaba que todo su pelo había acabado por encanecer. Admitía que no fue por falta de consejo que había cometido el error de unirse a un hombre que pensaba más en las obligaciones con los de la calle que en los deberes para con la familia; tanto él como Trinidad habían tratado de persuadirla, de convencerla que no podría ser feliz al lado de una persona cuyos intereses no estaban en correspondencia con los suyos.

—¿Puedes cargar al niño, papá? —rogó Cándida aprovechando unos instantes de silencio de Gustavo.

Mientras el abuelo jugaba con el niño haciéndole carantoñas y simulando lanzarlo al aire divirtiéndose con sus risotadas de contento, ella aprovechó para enjuagar el biberón y fregar algunas vasijas cuyas paredes tenían costras de alimentos endurecidos.

—Ahora escúchame a mí, papá —se acercó la muchacha secándose las manos con el delantal.

Gustavo dejó de lanzar al niño, sobresaltado con el tono de tragedia con que había hablado su hija. Colocó al pequeño a horcajadas en una pierna y comenzó a moverla de arriba abajo suavemente.

No resultaba tan fácil como él pensaba abandonar a aquel hombre que se había convertido en su obsesión; más que amarlo, lo idolatraba. Quería a Pedrín por encima de todo, no iba a ocultárselo; tan grande era la felicidad que sentía al hallarse en compañía suya, que si por recuperarlo para ella sola tuviese que entregarle su alma al diablo, no vacilaría.

La muchacha llevó el delantal a los ojos y el padre hizo ademán de ponerse en pie pero se detuvo cuando el nieto rompió a llorar; entonces continuó moviendo la pierna.

No le importaba aquella estrechez en que vivía, ni haberse visto obligada a trabajar para contribuir al

sostén de la casa, pues por cierto el alquiler que pagaban era abusivo a pesar de que aquellas habitaciones pertenecían al mejor amigo de su suegro; tampoco le dolía verse envuelta en el torbellino diario de un ómnibus que la mayor parte de las veces no se detenía donde ella esperaba, las tareas aburridas y agotadoras en la oficina, el regreso apresurado en horas de la tarde con la incertidumbre siempre de qué cocinar y la recogida del niño para cumplir las obligaciones domésticas antes de ir a la cama y al día siguiente recomenzar el agotador ciclo de la vida, como si fuese una oveja que llevan al matadero.

Gustavo detuvo las mecidas del somnoliento niño yendo a colocarlo suavemente en la cuna. Fue acercándose con pasos cansados a la hija, tomó una de sus manos y le acarició el pelo como hacía cuando era pequeña.

—Lo único que me duele, papá, es haber descubierto la traición.

—Cálmate niña mía, no llores —dijo el padre.

Le indignaba el descaro de Pedrín cuando los encontró juntos al presentarle a la tal Rosina como su secretaria. Había sentido rabia en ese instante y olvidando todas las reglas de convivencia que le

habían enseñado ellos desde niña los escupió en la cara a los dos.

El padre la acariciaba sin dejar de rogarle que no continuara llorando. Ella recostó la cabeza en su hombro mientras sollozaba y se quejaba con palabras que destilaban amargura. Haber dedicado sus mejores años a Pedrín, para que ahora todo viniese a terminar de una manera tan absurda y triste; quisiera pensar que se trata de una pesadilla o de un error suyo: nunca existió el momento en que venía emocionada por haber conseguido un buen regalo para Pedrín por el día de su cumpleaños y lo vio detener el jeep en la intersección. La mujer que lo acompañaba y lo besó cuando se bajaba era hermosa, quizás más hermosa que ella.

—Calla, por favor, hija mía —le dice el padre colocando dos dedos en la boca de Cándida. Ella levanta la cabeza y sopla la nariz con el delantal—. Entonces, ¿te vas conmigo?

Cándida Moreno lo mira a los ojos. Siente deseos de abandonar aquel capricho de reconquistar el amor de un hombre que intuye no pertenece a su mundo; al menos, al que le aseguraban sus padres cuando era una jovencita que un día existirá. Sin embargo, cree haber nacido para sufrir por las trágicas pasiones que la acompañan desde siempre.

Las trágicas pasiones de Cándida Moreno narra una historia de amor entre dos jóvenes que deben enfrentar la incomprensión e intolerancia de sus padres por pertenecer a mundos diferentes. A partir de una realidad fabulada, el autor nos adentra en un mundo sórdido, donde los personajes, con autonomía, expresan sus propios desafíos.

Novela irónica, de tintes casi policíacos con un final sorpresivo.

Andrés Casanova (Las Tunas, Cuba, 1949). Narrador, poeta y crítico literario. Miembro de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). Fue seleccionado al premio artístico-literario Catania Duomo 1995 auspiciado por la Academia Ferdinanda de Ciencias, Letras y Artes con sede en Italia. Aparece reseñado en el Diccionario Biográfico Internacional de Cambridge, Inglaterra. Es miembro del Consejo de Consultores del Instituto Biográfico Americano (ABI) con sede en Carolina del Norte, Estados Unidos. Obtuvo Mención en el concurso internacional de poesía Rosa de Primavera, Baleares, España, 1994; y Accésit en el III Concurso Internacional de Poesía sobre la Paz 2002 que convocan la Asociación Hispana de Escritores en Baleares y el Grupo Arboleda. Su obra publicada abarca diversos géneros y han sido varias las editoriales que las han publicado como libros unitarios o en antologías, tanto dentro de Cuba como en el extranjero.

Otras novelas publicadas:

Hoy es lunes, Letras Cubanas, 1995; ***Tormenta tropical de verano*** (Sanlope, 2000 y Coyoacán, México, 2003); ***La jaula de los goces***, Oriente, 2001, ***Las nubes de algodón***, Sanlope, 2005 y ***La fiebre del atún***, Oriente, 2005.